

HIMNO

AYN RAND

Capítulo I

Escribir estas cosas es una falta. Es una falta pensar palabras en las que nadie más piensa, y escribirlas en un papel que nadie más ha de ver. Es una acción mezquina y mala cual si habláramos solos, para nuestros oídos únicamente. Y sabemos muy bien que no existe mayor transgresión que el obrar y el pensar solos. Hemos infringido las leyes. Las leyes que dicen que los hombres no deben escribir como no se lo haya permitido el Consejo de las Vocaciones. ¡ Qué nos perdonen!

Mas esta no es nuestra única culpa. Nuestras culpas son innumerables como las estrellas del cielo. Hemos cometido un delito más grave, un delito que no tiene nombre. No sabemos qué castigo nos espera si se nos descubre, porque este delito no ha sido cometido nunca y no hay ley que lo tenga previsto.

Hay mucha oscuridad aquí abajo. La llama de la vela está quieta en el aire. Nada se muestra en esta caverna tenebrosa, excepto nuestra mano sobre el papel. Estamos solos, aquí, bajo tierra. Es una palabra necia y pavorosa, solos. La ley dice que los hombres no deben estar solos en ningún momento, porque esto es una grave transgresión y el origen de todos los males. Pero nosotros hemos quebrantado muchas leyes. Y ahora, aquí, está sólo nuestro cuerpo, y es extraño ver solamente dos piernas tendidas sobre el lodo y reflejarse en la pared la sombra de una sola cabeza.

Los muros están todos agrietados y el agua se desliza sobre ellos en pequeños hilos silenciosos, negros y brillantes como la sangre. Hemos robado una vela en la despensa de la Casa de los Barrenderos. Si nos descubren nos condenarán a diez años en el Palacio de la Detención Correccional. Pero esto no tiene importancia. Importa sólo que la luz es preciosa y que no hemos de desperdiciarla la para escribir, cuando nos hace falta para el trabajo que constituye nuestro delito. Nada importa excepto el trabajo, nuestro secreto, culpable, precioso trabajo. Y, sin embargo, tenemos que escribir para que el Consejo tenga piedad de nosotros. Deseamos por una vez hablar también a oídos que no sean los nuestros.

Nuestro nombre es Igualdad 7-2521, según está escrito en el brazalete que cada hombre lleva en la muñeca izquierda. Tenemos veintiún años, nuestra estatura es de un metro noventa, y esto es un grave inconveniente porque no hay muchos hombres que midan un metro noventa de altura. Los Maestros y los Jefes jamás nos pierden de vista y, ceñudos, nos dicen:

- Hay algo maléfico en vuestros huesos, Igualdad 7-2521, porque vuestro cuerpo ha crecido más que los de vuestros hermanos.

Nos avergonzamos de nuestros huesos y de todo cuanto encierra nuestro cuerpo, pero no podemos cambiarlo.

Hemos nacido con una maldición. Y ésta nos ha arrastrado siempre hacia pensamientos prohibidos, hacia deseos que los hombres no deben experimentar. Reconocemos que somos malos, pero no tenemos voluntad ni la fuerza para reaccionar. Y este es nuestro asombro y nuestro miedo secreto, saberlo y no poder reaccionar.

Tratamos de ser como nuestros hermanos porque todos los hombres deben ser iguales. En el frontis del Palacio del Consejo Mundial hay una gran lápida y en ella están grabadas unas palabras que nos repetimos a nosotros mismos cuando nos asalta la tentación.

Somos uno en todos y todos en uno. No existen hombres sino sólo el grande " Nosotros", uno indivisible y para siempre.

Nos las repetimos, pero no nos sirve de ninguna ayuda.

Estas palabras fueron esculpidas hace mucho tiempo. Hay un musgo verde en las muescas de las letras y rayas amarillentas en el mármol, producidas por un incalculable número de años. Y estas palabras están escritas en el Palacio del Consejo Mundial, y éste es la fuente de todas las verdades. Así ha sido desde el Gran Renacimiento, y desde tiempo lejano e inmemorable. Dícese que antes del Gran Renacimiento los hombres eran ciegos e ignorantes como los animales, porque tenían que buscar la verdad. Esto es extraño y pavoroso de nosotros, porque nuestra época ha hallado la verdad. Pero no hemos de hablar nunca de los tiempos que precedieron al Gran Renacimiento, pues de hacerlo sufriríamos condena de tres años en el Palacio de Detención Correccional. Tan sólo los viejos musitan algo que por la noche, en la Casa de los Inútiles. Ellos susurran muchas cosas extrañas e inconcebibles; hablan de torres que se erguían en el cielo, en los tiempos aquellos que no se deben mentar; de vagones que se movían sin caballos, y de luces que ardían sin llama. Pero aquellos tiempos estaban regidos por perfidias en las que no nos atrevemos a pensar. Y aquellos tiempos pasados cuando los hombres vieron la Gran Verdad, que es ésta: todos los hombres son uno y no hay más voluntad que la de todos los hombres unidos.

Todos los hombres son buenos y sabios. Sólo nosotros, Igualdad 7-2521, sólo nosotros hemos nacido con una maldición. Porque nos somos- y esto no tenemos que decirlo, sino murmurarlo solamente y avergonzados- iguales a nuestros hermanos. Y si miramos a nuestro pasado, vemos que siempre ha sido así y que esto nos ha llevado poco a poco a la última, suprema transgresión, al delito de los delitos escondido aquí bajo tierra.

Nos acordamos de la Casa de los Niños, donde hemos vivido hasta los cinco años, jun a todos los demás hijos de la Ciudad, nacidos en el mismo año. Los dormitorios eran blancos y limpios desnudos de todo excepto las cien camas. Nosotros éramos como los demás hermanos menos en esto, en que estábamos siempre en lucha con ellos. Pocas ofensas hay más graves que el contrastar con nuestros hermanos, en toda y edad y por cualquier motivo. El Consejo de la Casa nos lo dijo, y entre todos los niños de aquel año nosotros fuimos a los que se nos encerró más veces en el Lugar Oscuro, sentados desnudos sobre el piso de piedra.

Al cumplir los cinco años se nos mandó a la Casa de los Estudiantes, donde hay diez maestros para los diez años de enseñanzas. Los hombres deben estudiar hasta los quince años. Luego van a trabajar. En la Casa de los Estudiantes nos levantábamos cuando la gran campana tocaba en la torre y nos acostábamos cuando tocaba de nuevo. Antes de desnudarnos, de pie en el gran dormitorio, levantábamos el brazo derecho y decíamos todos juntos con los tres Maestros jefes de la estancia:

- Nosotros no somos nada. La humanidad lo es todo. Nos es dado vivir gracias a nuestros hermanos. Existimos por ellos, al lado de ellos y para ellos que son el Estado. Amén

Luego dormíamos. Los dormitorios eran blancos y limpios y desnudos de todo excepto las cien camas.

Nosotros, Igualdad 7-2521, no fuimos felices durante los años transcurridos en la Casa de los Estudiantes. Y no precisamente porque la enseñanza fuese demasiado difícil para nosotros. Al contrario, era demasiado fácil. Es un gran pecado nacer con una inteligencia demasiado despierta. No está bien ser distinto de los demás hermanos, pero está mal ser superior a ellos. Los Maestros nos lo decían y fruncían el ceño al mirarnos.

Luchamos contra esta maldición. Tratamos de olvidar las lecciones, pero las recordábamos siempre. Intentamos no comprender lo que explicaban los Maestros, pero lo entendíamos siempre, aun antes de que ellos lo dijeran. Mirábamos a Unión 5-3992, que era un muchacho pálido y poco listo, y procurábamos hablar y accionar como él, para poder ser iguales, mas los maestros se daban cuenta de que no era así. Y se nos azota con más frecuencia que a los otros.

Los Maestros eran justos, porque habían sido designados por los Consejos, y los Consejos son la voz de la justicia, porque son la voz de todos los hombres. El mundo de los hombres es sólo benevolencia y amor. Y si alguna vez, en la secreta oscuridad de nuestro corazón, añoramos lo que nos ocurrió al cumplir los quince años, sabemos que la culpa fue nuestra. Habíamos violado la ley por no haber escuchado las palabras de nuestros Maestros. Ellos nos habían dicho:

- No os atreváis a elegir en vuestra mente el trabajo a que desearíais dedicaros al dejar la Casa de los Estudiantes. Haréis lo que os mandará el Consejo de las Vocaciones. Porque el Consejo de las Vocaciones sabe en su gran sabiduría dónde sois necesarios a vuestros hermanos, mucho mejor de lo que podáis saberlo vosotros con vuestras pequeñas mentes ignorantes. Y si no sois necesarios a vuestros hermanos no hay razón para que tengáis que estorbar en la tierra con vuestros cuerpos.

Esto es justo, porque los Consejos tienen un gran deber que cumplir, y los que tienen el deber de tener también el poder. Son los Consejos los que tienen las riendas del mundo, los que nos dan de comer a todos nosotros, y ropas y cama. Nadie padece hambre, nadie tiembla sin cobijo durante las lluvias otoñales en este maravilloso mundo nuestro. Por los caminos del mundo van día y noche pesados carros, llevando lo que los hombres necesitan; campos de trigo que maduran al sol; hay ruedas que giran y hachas que golpean los árboles de los bosques y sacan chispas el granito de latiera, y cada golpe, cada músculo en tensión, cada verde y trémula espiga de grano están guiados por la sabiduría de nuestros padres que son los Consejos, esos Consejos que inclinan las cabezas doctas e incansables a la luz de las velas sobre kilómetros y montañas de papeles, para que cada bocado pueda encontrar a tiempo el camino hasta el estómago más humilde. Mas, para hacer esto, nuestros Consejos tienen el poder de imponer a cada hombre, el trabajo de su vida: de otro modo, ¿ qué orden podría haber sobre la tierra?

Lo sabíamos perfectamente, en los años de nuestra infancia, pero la maldición estaba sobre nosotros, y no nos concedía tregua. Éramos culpables y lo confesamos aquí; éramos culpables de la gran Transgresión de la Preferencia. Preferíamos determinados trabajos y determinadas lecciones. No escuchábamos de buen grado la historia de todos los Consejos elegidos desde el Gran Renacimiento. Pero amábamos la Ciencia de las Cosas. Deseábamos saber.

Deseábamos darnos cuenta de todas las cosas que nos rodeaba. Hacíamos tantas preguntas que los Maestros nos prohibieron interrogar.

Pensábamos que había misterios en el cielo y debajo del agua y en las plantas que crecen. Mas el Consejo de los Estudiosos había dicho que no existen misterios, y él lo sabe todo. Y aprendimos muchas cosas de nuestros Maestros. Aprendimos que la tierra es plana y que el sol da vueltas a su alrededor ocasionando el día y la noche. Aprendimos el nombre de todos los vientos que soplan sobre el mar y empujan las velas de nuestros navíos. Aprendimos a sacar sangre a los hombres para curar todas sus enfermedades.

De este modo amábamos la Ciencia de la Tierra. Y en la oscuridad, en la hora secreta, cuando nos despertábamos de noche y en nuestro derredor no estaban los hermanos, sino sólo sus blancas formas en las camas y su pesada respiración, cerrábamos los ojos, apretábamos los labios y casi no respirábamos para que ni siquiera el hálito pudiese traicionarnos, para que nuestros hermanos nos pudiesen oír, ver y adivinar. Pensábamos entonces que hubiéramos deseado ser destinados a la Casa de los Estudiosos cuando fuese llegado el momento. Todos los grandes inventos modernos salen de la Casa de los Estudiosos, como el más reciente hallazgo de hace escasamente hace unos cien años, de fabricar bujías con cera y un cordelito, para darnos la luz, y la de fabricar esa cosa nueva llamada vidrio para colocarlo en nuestras ventanas y protegernos de la lluvia. Y para hallar estas cosas los Estudiosos deben escudriñar la tierra y aprender de los ríos, de las arenas, de los vientos y de las rocas. Nosotros también habríamos podido sacar enseñanzas si hubiésemos ido al a Casa de los Estudiosos. Habríamos podido interrogar las cosas porque éstas no prohíben preguntas.

Y las preguntas no nos conceden reposo. No sabemos qué demonios hay en nuestros cerebros que nos hacen buscar algo que ni nosotros mismos sabemos, constantemente. Pero no podemos resistirnos. Murmuran a nuestro oído que existen cosas que ni siquiera podemos imaginar en esta tierra nuestra, y que podríamos conocerlas sólo con intentarlo. No sabemos explicarnos este malvado deseo nuestro, pero no logramos vencerlo. Por eso deseábamos que se nos enviara a la Casa de los Estudiosos. Lo deseábamos de tal modo que los dedos nos temblaban por la noche bajo las mantas, y algo nos hacía daño en el pecho y nos mordíamos el brazo para calmar el otro sufrimiento que no podíamos soportar. Estaba mal hecho y por la mañana no nos atrevíamos a mirar a la cara de nuestros hermanos. Porque los hombres no deben desear nada para sí mismos. Y fuimos castigados cuando el Consejo de las Vocaciones nos dio nuestros Mandatos de Vida que imponen a los que tienen quince años su oficio para el resto de su existencia.

El Consejo de las Vocaciones llegó el primer día de primavera y se sentó en la gran sala, y nosotros, los de quince años, y todos los Maestros nos trasladamos a la gran sala. El Consejo de las Vocaciones estaba sentado en una alta cátedra y decía sólo dos palabras a cada estudiante. Llamaban por su nombre a los estudiantes, y cuando éstos llegaban ante ellos uno detrás de otro, el Consejo decía: "Carpintero" o "Médico" o "Cocinero" o "Jefe" y cada estudiante decía: "Hágase la voluntad de nuestros hermanos".

Si el Consejo había dicho "Carpintero" o "Cocinero" los estudiantes destinados a tal oficio iban al trabajo y dejaban de estudiar, mas si el Consejo había dicho "Jefe" entonces los estudiantes iban a la Casa de los Jefes, que es la

más alta de la ciudad porque tiene tres pisos. Y allí aprenden muchas cosas durante varios años para poder llegar a ser candidatos y elegidos en el Consejo de la Ciudad, en el Consejo de Estado y en el Consejo del Mundo, con el voto libre y universal de todos los hombres. Pero nosotros no deseábamos ser Jefe, aunque esto sea un gran honor. Deseábamos ser un Estudiante, y la intensidad de nuestro deseo nos hacía sufrir físicamente.

Así, pues, esperábamos nuestro turno en la gran sala: oímos la Consejo de las Vocaciones pronunciar nuestro nombre: "Igualdad 7-2521". Bajamos por el pasillo hacia la cátedra; nuestras piernas no temblaban y nuestros ojos miraban fijamente al Consejo. Componían el Consejo cinco miembros, tres de sexo masculino y dos del femenino. Sus cabellos eran blancos, los rostros agrietados como el barro de un árido lecho de río. Eran viejos. Parecían más viejos de lo que pueden serlo los hombres, parecían viejos como el mármol del Templo del Consejo del Mundo. Estaban sentados delante de nosotros y no se movían. Y nosotros no veíamos levantarse ni una orla de sus blancas togas por efecto de la respiración. Pero nos dimos cuenta de que estaban vivos porque un dedo del más viejo se levantó para volver a caer en seguida. Aquello era lo único que se movía, porque los labios del más viejo no se despegaron cuando dijeron: "Barrendero". Notamos un tirón de los tendones del cuello mientras nuestra cabeza se levantaba para mirar a la cara a los del Consejo, y experimentamos una sensación de felicidad. Reconocíamos haber sido culpables, pero ahora teníamos medios de remediarlo. Aceptaríamos el Mandato de Vida de todo corazón, trabajaríamos para nuestros hermanos, alegres y de buena gana, y borraríamos nuestro pecado contra ellos, pero que ellos ignoraban, pero nosotros conocíamos perfectamente. Y nos sentíamos felices y orgullosos de nosotros y de nuestra victoria sobre nosotros mismos. De modo que levantamos el brazo y hablamos, y nuestra voz fue la más clara y firme que se oyó aquel día en la sala. Dijimos:

- Hágase la voluntad de nuestros hermanos.

Y clavamos la vista en los ojos de los Consejeros, pero sus ojos semejabán fríos botones de vidrio azul.

Así, pues, entramos en la Casa de los Barrenderos. Es una casa gris en una calle estrecha. Hay un reloj de sol en el patio y por él el Consejo de la Casa puede decir las horas del día y sabe cuando debe tocar la campana. Cuando ésta toca saltamos todos de la cama; el cielo tiene un color verde y frío y rígido como el metal y una franja de oro resplandece sobre la Ciudad en nuestras ventanas que miran hacia el oriente. La sombra del reloj solar marca una media hora mientras nos vestimos y desayunamos en el comedor que tiene tres mesas largas con cien platos de loza y cien tazas, también de loza. Luego vamos al trabajo por las calles de la Ciudad, con nuestras escobas y nuestros rastrillos. Después de cinco horas, cuando el sol ya está alto, regresamos a la Casa y consumimos la comida del mediodía, para lo cual disponemos media hora. Luego volvemos al trabajo. Después de cinco horas, las sombras azuladas caen sobre la tierra y el cielo se torna azul turquí de una brillantez profunda que no da luz. Entonces regresamos y consumimos nuestra cena que dura una hora. Luego suena la campana y marchamos en columna, con el Consejo de la Casa a la cabeza, hasta el parque de la ciudad, donde nos colocamos en fila y estiramos los brazos e inclinamos el cuerpo mientras el Consejo toca un tambor. Hacemos esto para que nuestro cuerpo esté sano y fuerte y apto para el trabajo. El cielo

adquiere un color tenue y dulce, a rayas finas de púrpura descolorida, y los árboles se destacan negros sobre la franja cobriza del oeste. Al cabo de una hora volveremos a la Casa. Suena la campana y nosotros marchamos en columna hacia uno de los Círculos de la Ciudad para la Reunión Social. Otras columnas de hombres llegan de las Casas de los distintos Oficios. Se encienden las velas y los Consejos de las distintas Casas se colocan en una alta tribuna y nos hablan de nuestros deberes y de nuestros hermanos. Luego los Jefes presentes suben a una tribuna y nos leen los discursos pronunciados en el Consejo de la Ciudad en aquel día, porque el Consejo de la Ciudad representa a todos los hombres y todo lo que los hombres deben saber. Luego cantamos los Himnos. El Himno de la Fraternidad, el Himno de la Igualdad, el Himno del Espíritu de la Colectividad. Así transcurren dos horas. Entonces vamos en columna al Teatro de la Ciudad para tres horas de Recreo Social. Se representa una obra en la que intervienen dos grandes coros de la Casa de los Actores que hablan y contestan todos juntos con voces potentes. Las representaciones versan sobre el trabajo y su utilidad. Luego volvemos a la Casa en columna. El cielo es como un negro cedazo horadado por gotas plateadas y trémulas a punto de caerse. Las falenas chocan con sus alas contra los faroles de las calles. Nos acostamos y dormimos hasta que vuelve a sonar la campana. Los dormitorios son blancos y limpios y desnudos de todo, excepto las cien camas.

Así hemos vivido durante cuatro años hasta hace dos primaveras, cuando empezó nuestro crimen. Así han de vivir los hombres hasta los cuarenta años. A esa edad sus cuerpos están encogidos como hongos secos y les duelen los huesos. A los cuarenta se les manda a la Casa de los Inútiles donde viven los Viejos. Los Viejos no trabajan porque el Estado se encarga de ellos; se sientan al sol en verano, junto al fuego en invierno. No hablan mucho porque están cansados y sus ojos son lacrimosos. Los viejos saben que han de morir pronto. Cuando ocurre un milagro y alguno vive hasta los cuarenta y cinco años, se le llama Anciano, y los niños le miran asombrados al pasar por delante de la Casa de los Inútiles. Esta debe ser nuestra vida y la de nuestros hermanos y la de los hermanos que nos precedieron. Esta habría sido nuestra vida si no hubiésemos hecho el descubrimiento y cometido el gran delito que lo ha cambiado todo para nosotros. Y fue nuestra maldición la que nos empujó a esto. Habíamos sido un buen Barrendero semejante a todos los demás menos por nuestro deseo de saber. Mirábamos demasiado tiempo las estrellas, la noche, y los árboles y la tierra bajo nuestros pies. Y cuando limpiábamos el patio de la Casa de los Estudiosos, recogíamos las ampollas de vidrio y los pedazos de hierro y los huesos disecados entre los desechos que ellos habían tirado.

Deseábamos guardar aquellos objetos y estudiarlos, pero no teníamos sitio donde esconderlos. Por cuya razón los llevábamos al Lugar de los Desechos de la Ciudad, y allí hicimos entonces el gran descubrimiento.

Era un día de la penúltima primavera. Nosotros, los Barrenderos, trabajábamos en grupos de a tres, y estábamos con Unión 5-3392, el de escasa inteligencia, y, con Internacional 4-8818. ahora Unión 5-3992 está malucho y a veces tiene convulsiones, la boca se le llena de espuma y sus ojos se ponen en blanco. Pero Internacional 4-8818 es distinto. Es un joven alto y fuerte de ojos parecidos a las luciérnagas porque brillan con intermitencias y en ellos se lee la risa. No podemos mirar a Internacional 4-8818 sin sonreírnos nosotros también.

Por ello no era bien visto en la Casa de los Estudiantes: no es correcto sonreír sin razón. Y no era bienquisto además porque cogía pedazos de carbón en los suelos y hacía dibujos en las paredes y en los suelos y eran dibujos que hacían reír. Pero sólo nuestros hermanos de la Casa de los Artistas tiene permiso para dibujar así. Internacional 4-8818 fue enviado a la Casa de los Barrenderos como nosotros. Internacional 4-8818 y nosotros éramos amigos. Esto es feo decirlo porque es una Transgresión, la gran Transgresión de la Preferencia, la de amar a una persona más que a otras, porque debemos amar a todos los hombres y todos los hombres son nuestros amigos. Por ello Internacional 4-8818 y nosotros no habíamos hablado nunca de esto. Pero lo sabíamos. Lo comprendíamos cuando nos mirábamos a los ojos. Y cuando nos mirábamos así, sin hablar, comprendíamos también esas cosas, cosas raras que no pueden expresarse con palabras y que nos asustaban.

Así, pues, en aquel día de la penúltima primavera, Unión 5-3992 sufrió un ataque de convulsiones en la periferia del Ciudad, cercad el Teatro de la Ciudad. Le dejamos tendido a la sombra de la tienda del Teatro y nos fuimos a acabar nuestro trabajo con Internacional 4-8818. Llegamos juntos al gran barranco que estaba detrás del Teatro. Allí no hay más que árboles y hierbajos. Se extiende hasta los pies de las montañas. Detrás e él hay un llano, y más atrás aun yace la Selva Innominada, en la que los hombres no deben pensar. Estábamos recogiendo los papeles y los trapos que el viento había llevado hasta allí desde el Teatro, cuando vimos una barra de hierro que salía de la tierra, entre la broza. Estaba vieja y oxidada por las muchas lluvias. Tiramos de ella con todas nuestras fuerzas, mas no conseguimos moverla. Entonces llamamos a Internacional 4-8818 y junto cavamos la tierra alrededor de la barra. Improvisamente la tierra cedió ante nosotros, y vimos una reja desgastada sobre un orificio negro. Y parecía que detrás de él se extendiese una oscuridad infinita. Internacional 4-8818 empezó a temblar y retrocedió. Pero nosotros empujamos la reja y ésta cedió. Y vimos una serie de aros de hierro que conducían al centro de la tierra.

- Nosotros bajamos- dijimos a Internacional 4-8818.
- Está prohibido- nos contestó.

Replicamos.

- El Consejo no sabe nada de este agujero, de manera que no puede estar prohibido.

Él repuso:

- Puesto que el Consejo lo ignora no pude haber ninguna ley que permita entrar en él. Y todo cuanto no está permitido por la ley está prohibido.

Pero nosotros dijimos:

- De todos modos iremos.

Él se quedó aterrorizado. Cayó de rodillas y miró hacia abajo observándonos, mientras descendíamos.

Nos agarramos a los aros de hierro con las manos y con los pies. No podíamos ver nada debajo de nosotros excepto una noche más oscura que la noche. Y arriba el orificio abierto sobre el cielo se tornaba cada vez más pequeño hasta que tuvo el tamaño de un botón. Sin embargo, seguimos bajando y habríamos seguido aunque el pozo no hubiese tenido fondo. Luego nuestros pies tocaron el suelo, un suelo blando y húmedo. Nos restregamos los ojos porque no

veíamos nada. Luego los ojos se acostumbraron a la oscuridad, pero no podíamos creer lo que veíamos. Ningún hombre de los que nosotros conocíamos podía haber construido aquel lugar y ni siquiera los hombres conocidos por nuestros hermanos que habían vivido antes que nosotros: sin embargo había sido construido por hombres. Era una gran galería, pero no tenía ni principio ni fin. Las paredes eran duras y lisas al tacto: parecía piedra pero no era piedra. Y en el suelo, bajo nuestros pies había dos partes de tiras largas y finas de hierro, pero no era hierro, pero no era hierro, era liso y frío como el vidrio. Caímos de hinojos y avanzamos arrastrándonos, nuestras manos seguían la raya de hierro para poder darnos cuenta de adónde nos llevaba. Más delante de nosotros no había sino una ininterrumpida oscuridad. Sólo las cuatro tiras de hierro relucían cual estrechos regueros, rectos y blancos, colgados en el espacio, invitándonos a seguirlos. Pero no podíamos seguirlos porque perdíamos hasta el último tenue resplandor de luz detrás de nosotros: por lo cual dimos la vuelta y nos deslizamos hacia atrás con la mano sobre la tira de hierro. Y nos latía el corazón en las yemas de los dedos con una locura absurda. Y entonces comprendimos.

Comprendimos de repente que aquel lugar era obra de los Tiempos Innominables. Así, pues, era verdad, y aquellos Tiempos habían existido, y todas las maravillas de aquellos Tiempos también. Hace cientos y cientos de años los hombres conocían los extraños secretos que nosotros hemos perdido. Y pensábamos: " Este es un lugar abominable. Los que tocan las cosas de los Tiempos Innominables están condenados". Pero nuestra mano que apretaba el rastro mientras nos deslizábamos, sujetaba el hierro como si no quisiera dejarlo, cual si la piel de la mano estuviese sedienta e invocara del metal algún fluido secreto emanante de su frialdad. Y nuestra mano obraba así sin que nosotros lo quisiéramos.

Volvimos a la superficie de la tierra. Internacional 4-8818 nos miró, dio un paso atrás y sus labios empezaron temblar de pánico:

- Igualdad 7-2521- dijo- vuestro rostro está blanco y vuestros ojos no son humanos.

Mas nosotros no pudimos hablar y nos quedamos inmóviles, mirándole.

Él retrocedió, como si no se atreviese a tocarnos. Luego sonrió, pero su sonrisa no era una sonrisa alegre, estaba azarado e implorante. Nosotros no podíamos hablar todavía. Él dijo:

- Hemos de dar cuenta de nuestro descubrimiento al Consejo de la Ciudad y los dos recibiremos una recompensa.

Y entonces hablamos nosotros. Y nuestra voz era dura y despiadada. Dijimos:

- No daremos cuenta de nuestro descubrimiento al Consejo de la Ciudad. No daremos cuenta a nadie.

Internacional 4-8818 se tapó los oídos con las manos porque jamás había escuchado palabras semejantes.

Pero nosotros le miramos sin benevolencia y sin vergüenza.

- Internacional 4-8818- preguntamos- ¿ nos denunciaréis al Consejo y nos veréis azotar hasta la muerte antes vuestros ojos?

Entonces él se irguió repentinamente y contestó:

- Antes moriremos.

- En este caso- dijimos- no digáis una palabra de esto, jamás. Este lugar nos pertenece, a nosotros, Igualdad 7-2521, y a ningún otro ser humano. Y si tuviéramos que cederlo daríamos con él nuestra vida también.

Y vimos entonces que los ojos de Internacional 4-8818 brillaban y estaban llenos de lágrimas que no se atrevían a caer. Y dijo con una voz que era sólo un murmullo y que temblaba de tal suerte que las palabras perdían su forma:

- La voluntad del Consejo está sobre todas las cosas porque es la voluntad de nuestros hermanos que es sagrada. Pero si vosotros lo queréis así, obedeceremos. Preferimos ser malos en vuestra compañía que buenos con todos nuestros hermanos. Que el Consejo se apiade de nuestros dos corazones.

Luego regresamos juntos a la Casa de los Barrenderos. Y caminamos en silencio.

Así ocurre que cada noche, cuando las estrellas están más altas y los Barrenderos se sientan en el Teatro de la Ciudad, nosotros, Igualdad 7-2521, nos escurrimos y echamos a correr en la oscuridad hasta nuestro refugio.

Es fácil salir del Teatro porque el sitio que tenemos asignado está al final de la última fila junto a Internacional 4-8818, y cuando se apagan las velas y los Actores aparecen en escena, nadie nos ve deslizarnos por debajo de las sillas y bajo la recia lona de la tienda del Teatro. Luego es fácil moverse en las tinieblas y colocarse en fila junto a Internacional 4-8818, cuando la columna sale del Teatro. Ahora las calles están a oscuras y no hay ningún transeúnte porque nadie puede recorrer la Ciudad si no tiene una misión que cumplir. Corremos hacia abajo por el barranco y la tierra vuela bajo nuestros pies. Quitamos las piedras que hemos amontonado sobre la reja de hierro para ocultarla a los ojos de todos. Y nos hallamos bajo tierra, solos.

Hemos robado velas en la despensa de la Casa, hemos robado piedras de chispa, y cuchillos, y papel que hemos escondido durante todo el día bajo nuestra túnica hasta que hemos podido traerlos hasta este lugar. Hemos robado ampollas de vidrio y polvos ácidos y retortas de hierro de la Casa de los Estudiosos, cuando limpiábamos su patio y cuando hemos podido entrar en ella por las ventanas abiertas. Hemos hecho esto para poder estudiar. Ahora nos sentamos en la galería todas las noches durante tres horas, durante tres horas culpables pero benditas, y aprendemos los misterios de la tierra. Fundimos metales distintos, mezclamos ácidos y abrimos los cuerpos de los animales y de los pájaros que encontramos en el Lugar de los Desechos de la Ciudad. Hemos construido una gran estufa con los ladrillos desperdiciados y que hemos recogido por las calles. Quemamos los gajos que hallamos en el barranco. El fuego hace guiños en la estufa y sombras azules danzan por las paredes. No nos molesta ningún ruido de hombres o animales.

Hemos robado algunos manuscritos. Esta es una falta grave. Los manuscritos son preciosos porque nuestros hermanos de la Casa de los Escribanos tardan un año en copiar un solo escrito con su letra clara y precisa. Los manuscritos son raros y se guardan en la Casa de los Estudiosos. Así, pues, nos sentamos junto a la estufa y leemos los escritos robados. Han transcurrido dos años desde que descubrimos este lugar. Y en estos dos años hemos aprendido más que en los diez años de la Casa de los Estudiantes.

Hemos aprendido cosas que no figuran en los escritos, hemos descubierto secretos acerca de los cuales los Estudiosos no saben nada. Hemos llegado a entender que es mucho lo desconocido y lo ignorado, y que muchas vidas no podrían conducirnos al final de nuestras investigaciones. No deseamos nada, sino estar solos junto a nuestra estufa y aprender de las cosas de la tierra y experimentar la sensación de que nuestra mirada se tornase cada día más aguda que la del águila, más clara que el cristal de roca.

Los caminos del mal son extraños. Somos falsos ante nuestros hermanos. Desafiamos la voluntad ante nuestros hermanos. Desafiamos la voluntad de nuestros Consejos. Nosotros solos, entre miles y miles de hombres que pueblan la tierra, nosotros solos, en este momento, realizamos un trabajo que nadie nos ha encargado. La magnitud de nuestra culpa no puede ser juzgada por la mente humana. La naturaleza de nuestro castigo, si la culpa llega a descubrirse, no puede ser decretada por un corazón humano. Ni los más Ancianos entre los Ancianos recuerdan que nadie haya hecho lo que nosotros hacemos.

Sin embargo, no sentimos ni vergüenza ni añoranza. Nos decimos que somos delincuentes y traidores, mas no sentimos ningún peso sobre nuestro espíritu, ningún temor en nuestro corazón. Por el contrario se nos antoja que nuestro espíritu está limpio como un lago al que ningún ojo turba, excepto el del sol. Y en nuestro corazón- ¡ qué extraños son los caminos del mal!- en nuestro corazón ésta es la primera sensación de paz experimentada en veinte años.

Capítulo II

Libertad 5-3000... Libertad cinco-tres-mil... Libertad 5-3000...

Gozamos al escribir este nombre, gozamos al pronunciarlo, pero no nos atrevemos a repetirlo en voz alta. Porque a los hombres les está prohibido ocuparse de las mujeres y a las mujeres les está prohibido ocuparse de los hombres. Pero nosotros pensamos en una mujer, en la que lleva por nombre Libertad 5-3000, y sólo en ella.

Las mujeres destinadas al cultivo de la tierra viven en la casa de los campesinos, más allá de la Ciudad. Donde ésta termina hay una gran carretera que va serpenteando hacia el Norte y nosotros, los Barrenderos, hemos de tenerla limpia hasta la primera piedra miliar. Hay un seto verde y bajo al o largo del camino, y al otro lado se extienden los campos infinitos bajo el sol. Los campos son pardos y están arados, y se abren como un gran abanico ante nosotros, con sus surcos recogidos en una mano invisible detrás del horizonte. Se ramifican desde allí, y, ensanchándose, vienen hacia nosotros, negros surcos, relucientes de verdes y delgadas espigas. Algunas mujeres trabajan en los campos y andan y se agachan a sesenta pasos una de otra y sus blancas túnicas al viento semejan alas de gaviota volando sobre el campo.

Allí vimos a Libertad 5-3000 que andaba a lo largo de los surcos, su cuerpo era derecho y fuerte y delgado como la hoja de una espada: sus ojos eran oscuros, profundos y brillantes, no había en ellos ni miedo, ni gentileza ni vergüenza. Sus cabellos no eran como los cabellos de los hombres y las mujeres: eran dorados como el sol, ondeaban al viento trémulos, relucientes, salvajes y libres y retadores en su libertad. Lanzaba la semilla con las manos como si se dignara en derramar un don, y como si las glebas fueran unos mendigos a sus pies.

De este modo Libertad 5-3000 vino aquel día en el campo hacia nosotros, comuna pequeña llama en el viento, como una ondulante niebla blanca, como un látigo, como un milagro. Y nosotros nos quedamos inmóviles, y en nosotros no vivían más que los ojos que contemplaban aquella magnífica visión. Y por primera vez nuestro corazón tuvo miedo, tembló de pena. Y nos quedamos inmóviles para no dispersar aquella pena más preciosa que el placer. Luego ella llegó al límite del surco, dio la vuelta y retrocedió. Oímos una voz que la llamaba " ¡ Libertad 5-3000!" y ella se volvió, para continuar después su camino. Así supimos su nombre y nos quedamos mirándola mientras se alejaba, hasta que su blanca túnica desapareció en la niebla azul.

Y al día siguiente, al llegar a la carretera del Norte, fijamos la vista en Libertad 5-3000 en el campo. Y cada día, desde entonces, conocimos el sufrimiento de la espera, y nuestro cuerpo padeció esperando esta hora en la carretera del Norte. Y allí miramos cada día a Libertad 5-3000. No sabíamos si ella también nos miraba, pero pensamos que sí.

Un día ella llegó hasta el seto, se volvió de improviso y nos miró. Se volvió como en un torbellino y el movimiento de su cuerpo se detuvo en seguida cual si hubiese recibido un latigazo, tan rápidamente como había empezado. Se quedó inmóvil como la piedra; el cuerpo echado hacia atrás, los brazos tiesos, rígidos: nos miraba de hito en hito. No había sonrisa en su rostro, ni sonrojo, ni saludo. Pero sus facciones estaban rígidas, y sus ojos eran oscuros y grandes. Luego se volvió de pronto y se alejó: andaba mucho más deprisa que de costumbre.

Pero al día siguiente, cuando llegamos a la carretera, ella nos miró y sonrió por nosotros y para nosotros. Sus labios eran blandos y relucían al sol. Y nosotros contestamos a su sonrisa. Ella se volvió lentamente, su cabeza se dobló hacia atrás, y los brazos cayeron inertes, cual si los brazos y el suave cabello sintiesen de pronto un gran cansancio. No nos miraba a nosotros, sino al cielo. Luego nos miró por encima del hombro y aquella mirada era dulce e intensa y nosotros sentimos como si una mano hubiese tocado nuestro cuerpo resbalando dulcemente de nuestros labios a nuestros pies. Luego se fue.

Y desde entonces, cada mañana, Libertad 5-3000 y nosotros nos saludamos con los ojos. No nos atrevíamos a hablar. Es una grave transgresión el hablar a los hombres de otros Oficios, excepto en las Reuniones Sociales. Pero un día, parados junto al seto, osamos levantar la mano a la altura de la frente y moverla luego, lentamente con la palma hacia abajo, en dirección a Libertad 5-3000. Si los otros nos hubiesen visto no habrían comprendido nada porque parecía que nos hacíamos pantalla con la mano contra el sol. Mas Libertad 5-3000 lo vio y lo comprendió. Y levantó la mano a la altura de la frente y repitió el último gesto. De este modo, cada día, saludamos a Libertad 5-3000 y ella contestó, y nadie tuvo sospechas de nada.

El mal genera el mal. Por lo tanto no nos extraña nuestra nueva falta. Es la segunda Transgresión de Preferencia porque no pensamos como es debido, en todos nuestros hermanos, sino solamente en uno, cuyo nombre es Libertad 5-3000. no sabemos por qué, cuando pensamos en ella, sentimos repentinamente que la tierra es hermosa y que la vida no es una carga. Y la maldición que llevamos dentro grita con voz tonante que quisiéramos ver antes a todos nuestros hermanos, sí, a miles de ellos morir entre indescriptibles sufrimientos, antes que ver tocar un rubio pelo de la cabeza de Libertad 5-3000. Y estas palabras que, con el fuego de su culpa, deberían quemar el papel en que las escribimos, estas palabras no nos causan temor.

Ya no pensamos en ella como en Libertad 5-3000. Le hemos dado un nombre en nuestro pensamiento, la llamamos la Áurea. Pero la culpa más grande de todas es dar a los hombres nombres que los distinguen de los demás. No obstante la llamamos la Áurea porque ella no es como los demás. No. La Áurea no es como los demás. ¡ La Áurea no es como las demás! He aquí lo que quisiéramos gritar en el orgullo de nuestro pecado.

Y hacemos caso omiso de la ley que dice que los hombres deben recibir cien latigazos si se les ve interesarse por una mujer, y si sobreviven a los cien latigazos deben ser recluidos durante diez años en el Palacio de la Detención Correccional. Los hombres no deben pensar en las mujeres más que en la época del Acoplamiento. Es la época de cada primavera en la cual todos los hombres que hayan cumplido los veinte años y las mujeres que tienen más de dieciocho son enviados por una noche al Palacio del Acoplamiento de la Ciudad. Y cada hombre tiene la mujer que le ha sido asignada por el Consejo Eugénico. En invierno nacen unos niños, pero las mujeres jamás ven a sus hijos y éstos no conocen jamás a sus padres. Nos han enviado dos veces al Palacio del Acoplamiento, pero es una cosa fea y vergonzosa en la que no nos gusta pensar...

Hoy hemos hablado a la Áurea.

Las otras mujeres estaban lejos, en el campo, cuando nos paramos junto al seto. La Áurea estaba arrodillada sola cerca del foso que cruza el terreno. Y las gotas que caían de las manos de la Áurea, cuando llevaba el agua a sus labios, parecían chispas llameantes al sol. Clavamos la vista en la Áurea y ella notó nuestra mirada. Levantó la cabeza hacia nosotros, y no se movió; se quedó así, de rodillas, con los ojos levantados hacia nosotros, mientras unos círculos de luz producidos por el sol sobre el agua del arroyo, jugaban sobre la túnica blanca. Una gota reluciente cayó de un dedo que había quedado rígidamente levantado.

Entonces la Áurea se incorporó y se acercó al seto cual si hubiese leído una orden en nuestros ojos. Los otros dos Barrenderos de nuestro grupo estaban unos cien pasos más abajo, en la carretera. Y pensamos que Internacional 4-8818 no nos denunciaría y que Unión 5-3992 no entendería nada. Miramos, pues, fijamente a la Áurea y vimos la sombra de sus pestañas sobre las blancas mejillas y el suave centelleo del sol sobre sus labios. Y hablamos. Dijimos:

- Sois bella. Libertad 5-3000.

Jamás los hombres han hablado de este modo a las mujeres. Pero la Áurea no se asustó. Sus facciones no se alteraron, sus ojos no se volvieron. Sólo que poco a poco se tornaron más grandes. Había en ellos cierto aire de triunfo, pero no de triunfo sobre nosotros, sino sobre algo que no podíamos adivinar.

Luego ella preguntó:

- ¿Cómo os llamáis?

- Igualdad 7-2521- contestamos.

Dijo, y vimos un delgado hilo azul temblar bajo la epidermis de su garganta:

- Vos no sois uno de nuestros hermanos, Igualdad 7-2521, y no deseamos que lo seáis.

No podemos decir lo que quería dar a entender porque no hay palabras para expresar tal significado, mas lo comprendimos en seguida.

- No- contestamos-, y vos tampoco sois una de nuestras hermanas.

- ¿Si nos vierais en medio de una muchedumbre de mujeres- preguntó-, nos miraríais?

- Os miraríamos, Libertad 5-3000- repusimos-, aunque por ello tuvieran que azotarnos a muerte.

Luego ella preguntó:

- ¿A los Barrenderos os mandan a distintos distritos de la Ciudad o trabajan siempre en los mismos sitios?

- Trabajan siempre en los mismos sitios- contestamos- y nadie nos arrancará de esta carretera... ¿Vuestros cabellos, Libertad 5-3000- inquirimos-, brillan por la noche e iluminan la estancia en que dormís?

- No- repuso ella-, pero vuestros ojos no son como los de los otros hombres.

Y de repente, sin razón, un pensamiento que nos cruzó por la mente nos hizo sentir frío en el estómago, y:

- ¿Cuántos años tenéis?- preguntamos.

Ella comprendió nuestro pensamiento porque bajó los ojos por primera vez, y las pálidas mejillas, que no conocían el miedo, se sonrojaron de improviso.

- Diecisiete.

Respiramos como si se nos hubiera quitado un peso del corazón, porque habíamos pensado sin motivo en el Palacio de Acoplamiento. E improvisamente sentimos que no permitiríamos que la Áurea fuese enviada al Palacio de Acoplamiento.

No sabíamos cómo habríamos podido impedirlo, cómo habríamos podido eludir la voluntad de los Consejos, pero comprendíamos que no lo permitiríamos. Lo que no sabíamos explicarnos es cómo se nos había ocurrido pensar en ello, porque estos sórdidos argumentos no tenían ninguna relación con nosotros y con la Áurea. ¿Qué relación podían tener?

No obstante, sin motivo, mientras permanecíamos allí junto al seto, notamos que nuestros labios se contraían duramente por un odio repentino, un odio hacia todos nuestro hermanos. Y la Áurea nos miró y sonrió dulcemente. Había en su sonrisa una sombra de tristeza, la primera que pudimos vislumbrar. Pensamos que, con la intuición propia de la mujer, la Áurea había comprendido más de lo que podíamos comprender nosotros mismos.

Aparecieron en el campo tres hermanas, en dirección a la carretera, y la Áurea se volvió, alejándose. La vimos recoger la cesta de las semillas y lanzarlas en los surcos al tiempo que se alejaba, pero las semillas caían desordenadamente, porque la mano de la Áurea temblaba.

Sin embargo, mientras volvíamos a la Casa de los Barrenderos, habían en nosotros un canto que resonaba cual si quisiera partir en dos nuestro cuerpo. Por ello se nos reprochó aquella noche en el refectorio porque empezamos a cantar en voz alta una canción que no habíamos oído nunca. Pero no se debe cantar sin motivo, se debe cantar solamente durante las Reuniones Sociales.

- Cantamos porque somos felices- contestamos al del Consejo de la Casa que nos habíamos reprochado.
- ¡ Claro que sois feliz!- repuso-. ¿ Cómo pueden no serlo los hombres que viven para sus hermanos?

Y ahora, sentados en nuestro refugio, pensamos con estupor en aquellas palabras. Es una cosa prohibida no ser felices. Porque, según nos han explicado, los hombres son libres y la tierra les pertenece, y todas las cosas de la tierra están destinadas a todos los hombres, y la voluntad de todos los hombres reunidos es buena para con todos: por consiguiente los hombres deben ser felices. Es tan sencillo y claro como el agua y los hombres jamás han dudado de ello, porque nacen los hombres para ser felices.

Sin embargo, por la noche, cuando en el gran dormitorio nos desnudamos para meternos en la cama, miramos perplejos a nuestros hermanos. Tienen las cabezas gachas, sus ojos no tienen brillo, sino que están velados y opacos y no miran nunca a la cara. Los hombros de nuestros hermanos están encorvados y rendidos de cansancio, los músculos abandonados como si sus cuerpos se estuviesen disecando y deseasen hurtarse las miradas. Y una palabra acude a nuestra mente y esta palabra es miedo.

El miedo flota en el aire de los dormitorios y en el de las calles. El miedo anda por la Ciudad, un miedo injustificado, sin nombre, sin forma. Todos lo sienten y nadie se atreve a hablar.

Lo sentimos también en la Casa de los Barrenderos, pero aquí, en nuestro refugio, ya no lo sentimos. El aire es puro, bajo tierra. No hay olor a humanidad, aquí. Y nos sentimos más limpios, como si saliésemos de un baño.

Al parecer nuestro cuerpo nos traiciona, porque el Consejo de Casa nos observa recelosamente. No está bien sentir demasiada felicidad en el propio cuerpo ni estar muy alegres porque nuestro cuerpo viva. Porque nosotros no significamos nada, y no debe importarnos ni la vida ni la muerte; esto depende de la voluntad de nuestros hermanos. Por el contrario nosotros, Igualdad 7-2521, gozamos de estar vivos. Si esto es pecado, no deseamos la virtud.

Sin embargo, nuestros hermanos no son como nosotros. La atmósfera es pesada en los dormitorios y no todo va bien para nuestros hermanos. Está Fraternidad 2-5503, un muchacho reposado, de ojos inteligentes y buenos, que llora improvisamente, sin motivo, en pleno día y en plena noche, y su cuerpo es sacudido por sollozos que no pueden explicar. Está Solidaridad 9-6347, que es un joven vivaz y alegre y despreocupado durante el día, pero que grita soñando: " ¡ Auxilio! ¡ Auxilio! ¡ Auxilio! ¡ Auxilio!", con una voz que nos hiela la sangre en las venas: pero los médicos no pueden curar a Solidaridad 9-6347.

Y cuando nos desnudamos por la noche, a la débil luz de las velas, nuestros hermanos callan porque no osan expresar sus pensamientos. Porque hemos de pensar como todos los demás, y nadie puede saber si sus pensamientos son los de todos. De modo que tienen miedo de hablar. Y se alegran cuando se apagan las velas. Mas nosotros, Igualdad 7-2521, miramos el cielo a través de la ventana. Hay paz en el cielo, y nitidez y dignidad. Y más allá de la Ciudad está el llano, y más allá de éste, negra sobre el cielo negro, está la Selva Innominada.

No deseamos mirar la Selva Innominada, no deseamos pensar en ella, pero nuestros ojos vuelven siempre a aquella línea negra sobre el cielo. Los hombres no entran nunca en la Selva Innominada, porque no es posible explorarla y no pasa ningún sendero por entre vetustos árboles que se yerguen hoscos y crueles como guardianes de secretos que no se pueden decir. Se murmura que una vez o dos en cien años un hombre solo haya huido sin razón a la Selva Innominada. Estos hombres no han vuelto jamás. Han perecido por hambre o bajo las garras de las fieras que infestan la Selva. Pero nuestros Consejos dicen que se trata sólo de una leyenda. Hemos oído decir que hay muchas Selvas Innominadas sobre la tierra, entre las Ciudades. Se murmura que han surgido sobre las ruinas de muchas ciudades de los Tiempos Innominables. Y nos preguntamos cómo pudo ocurrir que aquellos secretos se perdieran para el mundo. Hemos oído las leyendas de las grandes batallas en las que un bando lucharon muchos hombres y en el otro muy pocos. Estos pocos eran los Malvados y fueron vencidos. Entonces grandes incendios se desataron sobre la tierra. Y aquellos incendios quemaron a los Malvados y todo lo construido por ellos. Y el incendio de los incendios, que fue llamado el Alba del Gran Renacimiento, fue aquel Incendio de los Libros en el que todos los escritos de los Malvados quedaron destruidos, y con ellos todas sus palabras. Enormes hogueras elevándose en sus plazas e las Ciudades durante tres meses y un día. Luego advino el Gran Renacimiento.

Las palabras de los Malvados... las palabras de los Tiempos Innominables... ¿ cuáles son las palabras que hemos perdido?

¡ Oh, Gran Piedad de todas las piedades humanas, ten compasión de nosotros! No queríamos escribir esta pregunta, y no sabíamos siquiera lo que hacíamos hasta que la vimos escrita. ¡ No tenemos que formular esta pregunta, y ni siquiera pensar en ella! ¡ No debemos atraer la muerte sobre nosotros.

Sin embargo... sin embargo...

Hay una palabra, una palabra sola que no figura en el lenguaje de los hombres, pero que figuró alguna vez. Es esta la palabra que no se debe pronunciar, que nadie debe pronunciar, que nadie debe oír.

Pero alguna vez, por casualidad, en algún lugar, uno entre los hombres encuentra aquella Palabra. La encuentra entre fragmentos de viejos manuscritos, o grabados en pedazos de piedras antiguas. Pero si la pronuncian están condenados a muerte. Hay un solo delito en este mundo que se castiga con la muerte, el de decir la palabra que no se debe pronunciar.

Hemos visto quemar vivo a uno de estos hombres en la plaza de la Ciudad. Y fue un espectáculo que quedó grabado en nuestra mente a través de los años, que nos atormenta, que nos sigue, y no nos concede descanso. Éramos niños, entonces teníamos diez años. Y estábamos en la gran plaza con todos los niños y todos los hombres de la Ciudad, enviados allí para asistir a la hoguera. Llevaron al transgresor a la Plaza hasta el lugar del suplicio. Le habían arrancando la lengua para que no pudiera hablar. Joven, alto, con cabellos de oro ojos azules como la mañana, el Transgresor se acercó a la hoguera y sus pasos eran seguros y había en ellos orgullo y una calma que superaban a la humana comprensión. Y de todos aquellos rostros de la plaza, de todos aquellos rostros de la plaza, de todos aquellos rostros que gritaban y alborotaban lanzando maldiciones sobre él, el suyo era el rostro más sereno y más feliz.

Cuando las cadenas sujetaron su cuerpo al palo y pegaron fuego a la paja de la hoguera, el Transgresor miró a la Ciudad. Un hilillo de sangre de la comisura de su boca, pero sus labios sonreían. Y un pensamiento monstruoso pasó raudo por nuestra mente, un pensamiento que no nos ha vuelto a abandonar nunca más. Habíamos oído hablar de los Santos. Hay Santos del Trabajo, Santos de los Consejos y Santos del Gran Renacimiento. Pero jamás habíamos visto un Santo o una imagen suya. Y pensamos entonces, mientras estábamos en la plaza, que la imagen del Santo fuese aquel rostro que veíamos entre llamas, el rostro del Transgresor de la Palabra que no se debe pronunciar.

Cuando las llamas se levantaron, ocurrió algo que sólo nosotros vimos, pues de lo contrario no viviríamos hoy. Acaso fuera solamente una ilusión. Mas nos pareció que los ojos del Transgresor nos había elegido entre la muchedumbre y nos miraban fijamente. No había pena en aquellos ojos y ni siquiera un reflejo de la agonía de su cuerpo. Había sólo felicidad, una felicidad más santa que la felicidad humana. Y nos pareció que aquellos ojos intentasen decirnos algo a través de las llamas, enviarnos una palabra sin sonido. Y nos pareció que aquellos ojos nos rogasen recoger aquella palabra y no dejarla escapar ni de nosotros ni de la tierra. Pero las llamas relumbraron y no pudimos adivinar la palabra.

¿Cuál es- aunque tuvieran que quemarnos por ello como, al Santo en la hoguera-, cuál es la Palabra que no se debe pronunciar?

Capítulo III

Esta noche lo escribiremos en el papel, y le haremos rente y lo reconoceremos aunque ello nos cause espanto. Escribiremos el pensamiento que nos ha torturado durante dos años. Ha nacido en nuestra mente, aunque hemos intentado rechazarlo y no hacerle caso. Y mientras decíamos a nosotros mismos que no teníamos semejante pensamiento, éste adquiría forma en palabras y éstas resonaban en nuestros oídos como una campana de alarma que tocase en nuestra mente.

Así, puse, lo declaramos ahora a nosotros mismos, abiertamente; es esto: nosotros, Igualdad 7-2521, hemos descubierto una nueva naturaleza, y la hemos descubierto solos y lo sabemos nosotros solos.

Ea, ya está dicho. Ahora que nos condenen a muerte, si es preciso. El Consejo e los Estudiosos ha dicho que nosotros todos conocemos las cosas que existen y que, por consiguiente, las cosas que no conocemos no existen. Mas nosotros creemos que el Consejo de los Estudiosos está ciego. Los misterios de esta tierra son infinitos y no son para ser visto por todos, sino únicamente por lo que procuramos desentrañarlos. Nosotros lo sabemos, porque hemos descubierto un secreto desconocido por nuestros hermanos.

No sabemos lo qué es esta fuerza ni de qué proviene. Pero conocemos su naturaleza, la hemos observado y hemos trabajado en ella. La vimos por primera vez hace dos años. Una noche, poco después de haber empezado a venir aquí para estudiar, estábamos abriendo el cuerpo de una rana muerta y sin embargo se movía. Algún poder ignorado por los hombres la hacía moverse. Nos quedamos atónitos y asustados ante este hecho. Y durante muchos días pensamos en ello. Y luego, tras muchos experimentos, dimos con la respuesta. La rana estaba colgada de un hilo de cobre, y fue el metal de nuestro cuchillo el que mandó un extraño poder al cobre por conducto de la humedad salada del cuerpo de la rana.

Metimos un pedazo de cobre y otro de zinc en un baso de agua salada acercamos a ellos un alambre y notamos una sacudida que no era un golpe, ni una quemadura, sino una sensación para la cual no había nombre. Tocamos de nuevo y soportamos de buen grado el sufrimiento porque allí, entre nuestros dedos, había un milagro jamás ocurrido sobre la tierra, un milagro nuevo y un nuevo poder.

Este descubrimiento nos atormentó. Volvimos a ocuparnos de él a cada momento con preferencia sobre los demás estudios. Trabajamos en él, lo experimentamos de mil maneras, más de lo que se puede describir, y a cada paso se nos revelaba un nuevo milagro. Y comprendimos que habíamos descubierto la fuerza más grande de este mundo, porque desafía a todas las leyes conocidas por los hombres. Comprobamos que hace mover la aguja y le hace dar vueltas en la brújula que hemos robado en la Casa de los Estudiosos. Nos enseñaron, cuando éramos niños, que la aguja imantada señala el Norte y que ésta es una ley de la tierra que no puede variar y, sin embargo, nuestra nueva fuerza desafía a esta ley de la tierra y a todas las leyes del cielo. Hemos descubierto lo que produce el rayo, y los hombres no han conocido nunca las leyes del rayo. Durante las tempestades, levantamos una alta asta de hierro junto a nuestro refugio y la observamos desde abajo. Vimos los rayos golpearla varias veces. Y ahora sabemos que el metal atrae el poder del cielo, y que se puede hacer de modo que el metal lo rechace.

Hemos construido máquinas extrañas y hemos hecho cosas inconcebibles con nuestro descubrimiento. Usamos para este fin los hilos de cobre hallados aquí, bajo tierra. Habíamos recorrido la galería iluminándola con una vela que llevábamos en la mano. Pero no habíamos podido ir más de media milla porque la tierra y las piedras caídas limitaban sus dos extremidades, y ninguna fuerza humana hubiera podido ir más allá. Pero recogimos todo canto pudimos hallar, y lo llevamos al lugar donde trabajábamos. Encontramos extrañas cajas con barritas de metal dentro, con muchas cuerdas y trozos y rollos de alambre. Encontramos hilos de cobre, mucho más finos de los que habíamos visto hasta entonces. Estos hilos iban hasta unas extrañas y pequeñas bolas de vidrio sobre la pared. Estas bolas estaban selladas con metal, y en estas había hilos de hierro más sutiles que los de las telarañas.

Estas cosas nos ayudaron en nuestro trabajo. No sabemos explicarlas, pero pensamos que los hombres de los Tiempos Innominables debían conocer el poder del cielo, y que estas cosas debían tener alguna conexión con tal poder. No lo sabemos, pero aprenderemos. No podemos pararnos ahora, aun cuando nos asusta la idea de ser los únicos conocedores de esto. Ningún hombre solo puede poseer más ciencia que los muchos Estudiosos elegidos por todos los hombres, precisamente por sus conocimientos. Y sin embargo, nosotros podemos. Hemos luchado mucho antes de decirlo y ahora ya lo hemos dicho. No nos importa. Olvidamos todos los hombres, todas las preguntas, todo excepto nuestros metales, nuestros hilos y nuestros ácidos. ¡ Nos queda todavía tanto por aprender! Ante nosotros se abre un camino muy largo, y ¿ qué nos importa si hemos de recorrerlo solos...?

Leemos estas palabras y no podemos creer que las haya escrito nuestra mano. No es posible que seamos tan malvados. Sin embargo, así es. ¡ Si por lo menos- rogamos-, si por lo menos pudiésemos sufrir al decirlo! Si pudiésemos sentir un poco de remordimiento: sabríamos cuando menos que hay aún en nosotros un adarme de bondad. Pero no sufrimos. Nuestra mano es ligera. Nuestra mano y el pensamiento que la guía al escribir, nos escarnecen y no sienten ninguna vergüenza.

Capítulo IV

Transcurrieron muchos días antes de poder hablar de nuevo con la Áurea. Mas llegó el día en que el cielo semejava un blanco fuego. Como si el sol hubiese hecho explosión y esparcido sus llamas sobre la tierra: los campos estaban silenciosos, sin el más mínimo soplo de aire, y el polvo de los caminos era cándido por la luz cegadora. Las mujeres en los campos estaban cansadas y realizaban su trabajo lentamente. Estaban lejos de la carretera cuando llegamos. Pero la Áurea estaba sola, junto al seto, apoyada en las verdes ramas, serena, inmóvil, aguardando... Nos paramos allí cerca y la miramos. Y vimos sus ojos tan altivos y desdeñosos cuando miraban al mundo, tornarse dulces y humildes cual si deseasen obedecer cada palabra nuestra.

Dijimos:

- Os hemos dado un nombre en nuestros pensamientos, Libertad 5-3000.
- ¿Qué nombre?
- La Áurea- contestamos.
- Nosotros tampoco os llamamos Igualdad 7-2521 cuando pensamos en vosotros- susurró ella.
- ¿Qué nombre nos habéis puesto?- preguntamos.

Nos miró a los ojos, levantó la cabeza y repuso:

- El Invicto.

No pudimos hablar durante largo rato, luego dijimos:

- Semejantes pensamientos están prohibidos Áurea.
- Entonces nos estaría prohibido también mirarnos- replicó-, nos estaría prohibido todo lo relacionado con vosotros, vuestro cuerpo y la mirada de vuestros ojos. Porque vosotros tenéis estos mismos pensamientos y deseáis que nosotras también los tengamos.

La miramos a los ojos y no pudimos mentir.

- Sí- susurramos, y ella sonrió, luego añadimos:
- Querida, tenéis razón.

Retrocedió y nos miró; sus ojos estaban muy abiertos y fijos.

- Pronunciad de nuevo esta palabra- murmuró.
- ¿Qué palabra?- preguntamos. Mas ella no contestó, sus ojos quemaban y comprendimos.
- Querida- susurramos.

Nunca habíamos pensado en semejante palabra, y no sabemos cómo acudió a nuestra mente, porque los hombres no hablan así a las mujeres.

La Áurea empezó a mirarnos, luego bajó los ojos, inclinó lentamente la cabeza y se quedó inmóvil, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, las palmas de las manos vueltas hacia nosotros, igual que si su cuerpo desfalleciera, subyugado, a la voluntad de nuestros ojos. Y no pudimos hablar.

Luego ella levantó la cabeza, sonrió dulcemente y habló con sencillez y donosura como si desease hacernos olvidar una ansiedad enteramente suya.

- Hace un día caluroso- dijo- y habéis trabajado durante muchas horas y debéis de estar cansado.
- No- contestamos.
- Hace más fresco en los campos- dijo-y hay agua para beber. ¿Tenéis sed?
- Sí- contestamos-, pero no podemos pasar al otro lado del seto.
- Podemos traer agua- dijo.

Se agachó hacia el riachuelo, cogió agua en sus dos manos y nos la acercó a los labios.

No sabemos si bebimos aquella agua. Nos dimos cuenta, repentinamente, de que las manos estaban vacías, que aún teníamos los labios en ellas y que no se retiraban.

Luego levantamos la cabeza y retrocedimos. Porque no habíamos conocido nunca nuestro cuerpo y su extraño deseo. Pero ahora lo conocíamos.

La Áurea también retrocedió con los brazos tendidos hacia delante, y se miró las manos, asombrada. Luego, lentamente, se alejó, aunque nadie se acercaba, andando hacia atrás como si no pudiese darnos la espalda, con los brazos tendidos como si no pudiese bajar las manos. Y nosotros nos volvimos y nos fuimos, sin mirar cómo se alejaba.

Pero desde aquel día, si hay otras mujeres a la vista cuando pasamos por la carretera y no nos es posible acercarnos, la Áurea apoya el brazo sobre el seto, luego se vuelve como si no nos hubiese visto, y nosotros pasamos sin mirarla, como si no reparáramos en ella. Pero, al pasar, nuestra mano roza la de la Áurea que cuelga del seto.

Capítulo V

¡ La luz...!

¡ Aquí en nuestras manos, cuando queremos, la Luz del cielo, la Luz para alumbrar la tierra, la Luz sin humo, sin llama e inextinguible!

Nosotros la hemos hecho. Nosotros la hemos sacado de la noche de los tiempos. Nosotros solos. Nuestras manos. Nuestro cerebro. Nosotros solos...

No sabemos lo que estamos diciendo. Nuestra mente vacila. Miramos la Luz al tiempo que escribimos y nuestras manos tiemblan. Se nos tendrá que perdonar escribamos lo que escribamos esta noche...

Después de más días y más intentos de lo que podamos decir, construimos con los restos de los Tiempos Innominables una extraña máquina, una caja de cristal par dar al poder del cielo una fuerza mayor de la que pudimos conseguir hasta entonces. Y cuando acercamos los hilos a esta caja y cerramos la corriente el hilo resplandeció. Se animó, se tornó de un color rojo pálido, luego rojo, rojo como el metal fundido, y un círculo de luz blanca se difundió ante nosotros, sobre la piedra, bajo el hilo.

Nos quedamos inmóviles, luego nos echamos las manos a la cabeza, conteniendo la respiración. No podíamos darnos cuenta de lo que habíamos creado. No habíamos tocado ninguna piedra de chispa, no habíamos encendido ningún fuego. Y, sin embargo, allí, ante nosotros, estaba la luz, una luz que venía sin saber de dónde, una luz que salía del corazón del metal.

Apagamos la vela. La oscuridad lo envolvió todo a nuestro alrededor, como si se hubiese abierto un pozo. Y quedó sólo la noche y un sutil hilo de llama, semejante a una grieta en la pared de una cárcel abierta sobre la luz del cielo. Acercamos las manos al hilo, y vimos nuestros dedos, y nuestra piel, y todas las rayas de nuestra piel, a la luz roja. No se oía un ruido, ni podíamos ver ni sentir nuestro cuerpo, y en aquel momento existían sólo nuestras dos manos sobre un hilo que resplandecía en un negro abismo.

Se nos iba la cabeza al pensar en lo que significaba lo que teníamos allí, ante nosotros. Podríamos alumbrar nuestro subterráneo, y la Ciudad, y todas las Ciudades del mundo con un poco de metal y unos hilos. Podríamos dar a nuestros hermanos una nueva luz, más clara, más fuerte que la conocida. Sería posible someter el poder del cielo a la voluntad humana. No sabemos mucho por ahora, pero una cosa sabemos: que no existen límites para los secretos y para la fuerza de este poder, y que éste podría procurarnos cosas inimaginables siempre y cuando lo hubiésemos querido.

De un salto, improvisamente, nos pusimos de pie porque sabíamos lo que nos quedaba por hacer. Nuestro descubrimiento es demasiado grande para que podamos perder nuestro tiempo barriendo las calles. No podemos quedarnos con nuestro secreto, ni ocultarlo debajo de tierra. Tenemos que dar conocimiento de él a todos los hombres. Necesitamos todo nuestro tiempo, necesitamos laboratorios y algunas máquinas de la Casa de los Estudiosos, necesitamos la ayuda de nuestros hermanos sabios, y unir su inteligencia con la nuestra. ¡ Hay tanto trabajo ante nosotros y para todos nosotros, para todos los Estudiosos del mundo, y para todas las generaciones de Estudiosos que vendrán después de nosotros!

Dentro de un mes el Consejo Mundial de los Estudiosos debe reunirse en nuestra Ciudad. Es un gran Consejo para el cual son elegidos los más sabios de todos los países y que se reúne una vez al año en las distintas ciudades de la

tierra. Iremos a este Consejo y le presentaremos, como un don, la caja de cristal que contiene el poder del cielo. Lo confesaremos todo. Ellos verán, comprenderán y perdonarán. Porque nuestro don es más grande que nuestra transgresión. Se lo explicaremos al Consejo de las Vocaciones y se nos destacará a la Casa de los Estudiosos. Esto no ha ocurrido nunca antes de ahora, pero jamás se les ofreció a los hombres un don como éste.

Tenemos que esperar, tenemos que vigilar nuestro refugio más que antes. Porque si otros que no fuesen los Estudiosos llegasen a conocer nuestro secreto, no lo comprenderían y no nos creerían. Verían sólo nuestra falta de trabajar solos y nos destruirían a nosotros y a nuestra Luz. No nos importa nuestro cuerpo, pero nuestra Luz existe...

Pero sí, sí que nos importa nuestro cuerpo. Por primera vez nos preocupamos de él. Porque este hilo es como una parte de nosotros, como una vena arrancada de nosotros, rojeante por nuestra sangre. Estamos orgullosos de este hilo metálico y de nuestras manos que lo han hecho. ¿ O es que existe una línea para dividir las dos cosas?

Alargamos los brazos y las miramos. Y por primera vez nos damos cuenta de su fuerza. Y un extraño pensamiento cruza raudo por nuestra mente. Nos preguntamos, por primera vez, cómo somos. Los hombres no ven nunca su propio rostro y no preguntan nunca por él a sus hermanos porque no está bien interesarse por sus propias facciones y por su propio cuerpo. Mas esta noche, por una razón que no sabemos explicarnos, deseábamos que nos fuese posible darnos cuenta de nuestro aspecto.

Es una cosa vana y ruin porque nosotros no somos nada. Pero, ¿ de verdad no somos nada? ¿ Lo somos? ¿ Qué es este nuevo orgullo que sale como un vapor que nos ahoga la respiración en la garganta, que resuena como un canto en nuestros oídos? ¿ Qué nos ha pasado? Pero, ¿ qué importa? Esta Luz está por encima de todo y el ser del cual ha nacido... oh, ¿ qué importa? Levantamos los brazos sobre el hilo llameante, erguimos la cabeza y nuestro espíritu es todo un himno dentro de nosotros.

Nosotros, Igualdad 7-2521 poseemos la Luz
i Quienquiera que seamos, poseemos la Luz!

Capítulo VI

No hemos escrito durante treinta días. Durante treinta días no hemos venido aquí, a nuestro subterráneo. Nos han descubierto.

Ocurrió la noche en que escribimos por última vez. En nuestra alegría y en nuestra locura, olvidamos aquella noche observar la arena del reloj de cristal que nos dice cuándo han transcurrido las tres horas y es tiempo de volver al Teatro de la Ciudad. Cuando quisimos darnos cuenta la arena había pasado ya toda.

Fuimos corriendo al Teatro. Pero la enorme tienda se levantaba gris y silenciosa en el cielo. Las calles de la Ciudad se extendían ante nosotros oscuras, anchas y desiertas. Si hubiésemos vuelto atrás y nos hubiésemos escondido en nuestro subterráneo, nos habrían descubierto y con nosotros había sido descubierto nuestro refugio. Por lo cual nos dirigimos a la Ciudad de los Barrenderos.

Y cuando el Consejo de la Casa nos interrogó, nosotros miramos las caras de los miembros del Consejo y en ellas no había curiosidad, ni ira, ni piedad. Así, pues, cuando el más viejo nos dijo:

- ¿Dónde habéis estado?- pensamos en nuestra caja de cristal, en nuestra Luz y olvidamos todo lo demás. Contestamos:
- No queremos decíroslo.

El más viejo no nos preguntó nada más, se dirigió a los dos más jóvenes y su voz tenía un tono aburrido.

- Llevad a vuestro hermano Igualdad 7-2521 al Palacio de la Detención Correccional. Azotadle hasta que se os ordene.

Nos llevaron, pues, a la Estancia de Piedra debajo del Palacio de la Detención Correccional. Esta estancia no tiene ventanas, está vacía y sólo hay en ella un palo de hierro. Dos hombres están junto a este palo vestidos únicamente con un delantal de piel y una capucha, de piel también, sobre el rostro. Los que nos habían llevado hasta allí se fueron y nos dejaron con los dos Jueces que estaban en un rincón de la estancia. Los Jueces que estaban en un rincón de la estancia. Los Jueces eran pequeños, delgados, grises y encorvados. Sus pequeñas manos temblaban y sus labios estaban húmedos. Dieron la señal a los dos encapuchados.

Éstos nos arrancaron la ropa de encima, nos tiraron al suelo de rodillas y nos ataron las manos al palo de hierro.

El primer latigazo cayó como un sutil collar de hierro y cortó nuestra carne: los pliegues el sufrimiento esparciéndose desde allí como un manto, sobre nuestro cuerpo hasta la punta de los pies, y nos pareció que nuestra espina dorsal estaba partida por la mitad. El segundo golpe nos arrancó el manto, y por un minuto, cegados, no sentimos nada, luego el dolor nos golpeó el pecho y una ola de fuego penetró en nuestros pulmones faltos de aire. Mas no gritamos.

El látigo silbaba igual que un viento sutil y reverberante. Intentamos contar los golpes, mas no lo conseguimos. Una vez nos pareció que unos dientes de hierro nos desgarraban los muslos, luego el pecho, pero sabíamos que los golpes caían, por el contrario, sobre nuestra espalda. Sólo que ya no sentíamos nada en las espaldas. Y una reja llameante danzaba ante nuestros ojos y no nos dábamos cuenta de nada, excepto de la reja; una reja de cuadros encarnados; luego comprendimos que mirábamos los cuadros de la reja de hierro de la puerta, y había también cuadros de piedra en las paredes, y cuadros que el látigo iba marcando sobre nuestra espalda y que se entrecortaban cruzándose en nuestra

carne. Luego notamos un flujo pesado y cálido que desde la cintura resbalaba por nuestras piernas. Pero no miramos.

Luego vimos un grueso puño ante nosotros; era, por el contrario, sólo el pequeño puño de uno de los jueces. Nos levantó la barbilla y vimos la roja espuma de nuestra boca sobre los dedos grisáceos y secos. El Juez preguntó:

- ¿Dónde habéis estado?

Pero nosotros volvimos la cabeza, la escondimos entre las manos atadas y nos mordimos los labios.

Y el látigo silbó nuevamente y nos pareció fluctuar, fluctuar lejos y que la blanda cosa que se retorció sobre la piedra no nos interesase lo más mínimo. Nos preguntamos con asombro quién sería el que lanzaba los trocitos de carbón ardiendo sobre el suelo porque veíamos relucir, apagarse y parpadear una pequeñas perlas rojas sobre las piedras a nuestro alrededor. Nos preguntamos asombrados, de dónde procedería aquel ruido extraño, el ruido sordo de un bastón al golpear barro blando, húmedo.

Luego ya no oímos nada, excepto dos voces que gruñían continuamente, que repetían sin descanso, una después de otra, si bien sabíamos que hablaban a distancia de varios minutos una de otra:

- Dónde habéis estado, dónde habéis estado, dónde habéis estado, dónde habéis estado, dónde habéis...

Y nuestros labios se movían, más el sonido se nos quedaba en la garganta y aquel sonido decía solamente:

- La Luz... La Luz... La Luz

Luego ya no sentimos nada.

Cuando abrimos los ojos, yacíamos boca abajo sobre el suelo de ladrillo de una celda. Vimos dos manos abandonadas lejos de nosotros, sobre los ladrillos, las movimos y comprendimos que eran nuestras propias manos. Pero no podíamos mover nuestro cuerpo, entonces sonreímos porque pensamos en la Luz, en la Luz que no habíamos traicionado.

Yacimos en nuestra celda durante muchos días. La puerta se abría dos veces al día, una para los hombres que nos traían el pan y el agua, y otra para los Jueces. Muchos Jueces vinieron a nuestra celda: primero los más modestos, después los más estimados de la Ciudad.

Se pararon ante nosotros con sus blancas túnicas y nos preguntaron:

- ¿Estáis dispuesto a hablar?

Meneamos la cabeza, mientras yacíamos sobre el suelo ante ellos. Y se fueron.

Estuvimos tendidos solos durante horas interminables y, mientras, pensábamos que nuestros hermanos habían obrado en justicia.

No sentíamos ni ira ni odio hacia nuestros hermanos sabíamos que habíamos merecido el látigo y la celda y la agonía de nuestro cuerpo: no obstante, nuestra maldición y la Luz nacida de esta maldición mantenían sellados nuestros labios.

Contábamos los días y las noches que iban pasando. Anoche comprendimos que era necesario huir porque mañana se reúne en la Ciudad el Consejo Mundial de los Estudiosos.

Es fácil huir del Palacio de la Detención Correccional. Las cerraduras de las puertas de las celdas están flojas y no hay guardias. No hay razón para tener

guardias porque los hombres no han desafiado jamás a los Consejos hasta el punto de huir del lugar a que se les ha destinado. Nuestro cuerpo está sano y recobramos las fuerzas rápidamente.

Empujamos la puerta y ésta cedió, nos deslizamos por los lóbregos pasillos y por las calles oscuras hasta nuestro refugio. Encendimos la vela y vimos que nuestro lugar no había sido descubierto, y que nada había sido tocado. Y nuestra caja de cristal estaba delante de nosotros, sobre la estufa fría, como la habíamos dejado. ¿Qué importaban las cicatrices sobre nuestras espaldas?

Mañana, a plena luz del día, cogeremos nuestra caja, dejaremos abierto nuestro subterráneo, y andaremos por las calles hasta la Casa de los Estudiosos. Les enseñaremos el don más grande que jamás se haya puesto a los pies de la humanidad. Les diremos la verdad. Les entregaremos, como confesión nuestra, estas páginas que hemos escrito. Uniremos nuestras manos a las de ellos, y trabajaremos juntos, con el poder del cielo, por la dicha, la fuerza y la gloria de la humanidad. Que nuestra bendición descienda sobre vosotros, hermanos! Mañana nos acogeréis de nuevo entre vosotros y nosotros dejaremos de ser unos desterrados. Mañana seremos nuevamente uno de vosotros. Mañana...

Capítulo VII

Hay mucha oscuridad aquí, en la selva. Las ramas se mecen sobre nuestra cabeza, negras y pobladas sobre el último resquicio dorado del cielo. El musgo es blando debajo de nuestro cuerpo. Dormiremos sobre este musgo durante muchas noches, hasta que lleguen las fieras a destrozarnos nuestro cuerpo. No tenemos más cama que el musgo ni más porvenir que las fieras.

Somos viejos ahora, mas éramos jóvenes esta mañana cuando llevábamos nuestra caja a través de las calles de la Ciudad hasta la Casa de los Estudiosos. Nadie nos paró pues no había nadie en las proximidades del Palacio de la Detención Correccional, y los demás no sabían nada. Nadie nos paró en la verja. Por los pasillos vacíos llegamos hasta la espaciosa sala donde el Consejo Mundial de los Estudiosos celebraba su solemne reunión. No vimos nada al entrar, excepto el cielo azul y brillante a través de los grandes ventanales. Luego divisamos a los Estudiosos sentados alrededor de una mesa larga: se destacaba cual sombras contra la luz, como nubes informes amontonadas sobre el vasto cielo. Había unos hombres extraños, hombres de piel blanca como la nuestra, y hombres de piel negra, y hombres de piel amarilla, todos ellos vestidos por igual con blancas togas. Había hombres cuyos nombres famosos conocíamos y otros llegados de países lejanos que ignorábamos. Vimos colgado de la pared, sobre sus cabezas, un gran cuadro que representaba a los veinte hombres ilustres que inventaron las bujías.

Todas las cabezas se volvieron hacia nosotros cuando entramos. Y aquellos grandes y sabios hombres no supieron que pensar de nosotros, y nos miraron con asombro y curiosidad, como si fuésemos un milagro incomprensible. Cierto es que nuestra túnica estaba rota y cuajada de manchas oscuras que habían sido de sangre. Levantamos el brazo derecho y dijimos:

- ¡ Os saludamos, honorables hermanos del Consejo Mundial de los Estudiosos!

Entonces Colectividad 0-0009, el más viejo y el más sabio del Consejo, habló. Preguntó:

- ¿ Quién sois, hermano? No parecéis un Estudiante.
- Nuestro nombre es Igualdad 7-2521- contestamos- y soy un Barrendero de esta Ciudad.

Pareció como si un viento huracanado hubiese hecho irrupción en la sala y todos los Estudiosos hablaron al mismo tiempo irritados y espantados.

- ¡ Un Barrendero! ¡ Un Barrendero que entra en el Consejo Mundial de los Estudiosos! ¡ Es inconcebible! ¡ Está en contra de todas las reglas y de todas las leyes!

Pero sabíamos como calmarles.

- ¡ Hermanos!- gritamos- nosotros y nuestra transgresión no contamos nada. Cuentan sólo los hombres, nuestros hermanos. No os fijéis en nosotros, pues nosotros no somos nadie, pero escuchad nuestras palabras porque os traemos un don sin igual entre los hechos hasta ahora por los hombres. Escuchadnos porque tenemos en la mano el porvenir de la humanidad.

Y ellos escucharon.

Colocamos la caja de cristal delante de ellos. Hablamos de ella, de nuestras largas investigaciones, de nuestro subterráneo y de nuestra fuga del Palacio de Detención Correccional. En la sala, mientras hablábamos, no se movía ni un ojo

ni una mano. Luego enganchamos los hilos de la caja y todos se inclinaron, atentos para observarla. Nos quedamos inmóviles, fijando los hilos... y, lentamente, lentamente, como un flujo de sangre, una roja llama tembló en el hilo. Luego el hilo brilló. Brilló como una estrella caída del cielo sobre la mesa del Consejo.

Pero el terror se apoderó de los hombres del Consejo. Se pusieron en pie de un salto, se alejaron corriendo de la mesa y se apretaron contra la pared, amontonados, buscando el calor del cuerpo del vecino para darse ánimos. Nosotros los miramos y sonreímos, diciendo.

- ¡ No tengáis miedo, hermanos! ¡ Hay un gran poder en este hilo, mas este poder está dominado! ¡ Es vuestro! ¡ Os damos la Luz!

Ellos, no obstante, seguían sin moverse.

- ¡ Os damos el poder del cielo!- gritamos- ¡ Os damos la llave para penetrar en la tierra! Acogednos en vuestra gran sabiduría y dejadnos ser uno de los vuestros, el más humilde de todos vosotros. Haced que podamos trabajar juntos y arrancar a estos hilos todos sus secretos. Haced que podamos dominar este poder y hacer más fácil el trabajo de los hombres. Haced que podamos tirar al polvo nuestras velas y nuestras antorchas. Haced posible que alumbremos nuestras Ciudades con la radiante luz de mil auroras. ¡ Haced que podamos llevar una nueva Luz a los hombres!

Mas ellos nos miraron y repentinamente tuvimos miedo. Porque sus ojos eran firmes, pequeños y perversos.

- ¡ Hermanos!- gritamos- ¿ No tenéis nada que decirnos?

Entonces Colectividad 0-0009 se acercó a la mesa y los demás le siguieron, y sus ojos parecían ojos de perros hambrientos clavados en la presa.

- Sí- dijo Colectividad 0-0009-, ¡ tenemos muchas cosas que decir a un delincuente que ha infringido todas las leyes y que se jacta de su infamia! ¡ Vosotros, hez de todos los malhechores! ¿ Osáis creer acaso que vuestra ruin y pequeña mente posee más sabiduría que la de vuestros hermanos? Y si el Consejo ha decretado que habéis de ser un Barrendero, ¿ cómo os atrevéis a pensar en poder más útil a los hombres de cualquier modo que no sea barriendo las calles?
- ¿ Cómo os atrevéis, limpiador de alcantarillas- dijo Fraternidad 9-3452- a consideraros solo y con los pensamientos de uno solo en lugar de los de todos?
- Este renegado debe morir abrasado en el palo- dijo Igualdad 4-6998.
- No, hay que azotarle- dijo Humanidad 2-3304- hasta que no quede nada bajo el látigo.
- No- dijo Colectividad 0-2009-, no podemos decidir sobre esto, hermanos. Jamás se ha cometido semejante delito, y no podemos juzgarlo nosotros. Ni siquiera uno de nuestros Consejos menores. Entregaremos a este monstruo al Consejo del Mundo y su voluntad será la cumplida.

Les miramos e imploramos:

- ¡ Hermanos! Tenéis razón. Cúmplase la voluntad del Consejo sobre nuestra cabeza. No nos importa. Pero, ¿ y la Luz?, ¿ la Luz? ¿ Qué haréis con la Luz?

Colectividad 0-0009 nos miró, se rascó la barbilla y sonrió.

- ¿ Pensáis, pues, haber hallado una nueva fuerza?- dijo- ¿ Y lo piensan también vuestros hermanos?
- No- contestamos.
- Lo que no piensan todos los hombres no puede ser verdad- dijo Colectividad 0-0009.
- ¿ Habéis trabajado solo?- preguntó Internacional 1-5537.
- Sí- repusimos.
- Lo que no se hace colectivamente no puede ser bueno- dijo Internacional 1-5537.
- Muchos hombres en la Casa de los Estudiosos tuvieron extrañas ideas en el pasado- dijo Solidaridad 8-1164- pero cuando la mayoría de sus hermanos Estudiosos votó contra ellas, abandonaron tales ideas equivocadas, según deben hacer todos los hombres.
- Esta caja no es más que magia culpable e inútil- dijo Alianza 6-7349.
- Si fuese lo que proclamáis- dijo Armonía 9-2642- acarrearía la ruina del Departamento de las Velas. La Vela es un gran don para la humanidad y no está aprobada por todos. Por consiguiente, no puede ser destruida por la volunta de uno solo.
- Esto echaría por tierra los planes del Consejo Mundial- dijo Humanidad 2-9913- y sin ellos la tierra no puede moverse. Han sido precisos cincuenta años para asegurarse la aprobación de todos los Consejos de la Vela y para decidir el número de velas necesario y para rehacer los Planes con el fin de sustituir las antorchas por velas. Esto dio ocupación a miles y miles de hombres que trabajan en gran número de estados. No podemos alterar de nuevo, así inmediatamente, los Planes.
- Y si esto tuviese que hacer más llevadero el trabajo de los hombres- dijo Semejanza 5-0306-, sería n gran mal porque los hombres no tienen otra razón para existir que la de trabajar para sus hermanos. E indecibles males oprimirían la tierra si se dejase tiempo libre a los hombres.

Al llegar aquí, Colectividad 0-0009 se levantó y señaló la caja con el dedo.

- Esta es una cosa maldita- dijo- y hay que destruirla.

Y los demás gritaron a una:

- ¡ Muy bien dicho, hermano! ¡ Hay que destruirla! ¡ Destruirla! ¡ Destruirla!

Entonces nos abalanzamos sobre la mesa.

Cogimos nuestra caja, rechazamos a todos y corrimos a la ventana. Volvimos la cabeza, los miramos por última vez y una ira más que humana nos ahogó la voz en la garganta:

- ¡ Idiotas!- gritamos-. ¡ Idiotas! ¡ Mil veces idiotas!

Rompimos los cristales con el puño y nos lanzamos fuera entre un derrumbamiento de vidrios.

Caímos, pero nuestras manos no abandonaron la caja. Luego nos levantamos nuevamente y echamos a correr. Corrimos. Corrimos ciegamente, y hombres y casas pasaban a nuestro lado como un torrente sin forma. Y nos parecía que la tierra ante nosotros no era llana sino un pozo profundo, y que nosotros estábamos volando en este pozo, hacia abajo, y que la calle salía vertiginosamente a nuestro encuentro. No esperábamos que la tierra se

levantase y nos golpease la cara. Pero corríamos. No sabíamos a donde ir. Sabíamos sólo que teníamos que correr, correr, correr hasta el fin del mundo, hasta el fin de nuestros días.

Repentinamente nos dimos cuenta de que yacíamos sobre una tierra blanda y de que nos habíamos parado. Unos árboles más altos que todos cuantos habíamos visto hasta entonces se levantaban encima de nosotros en un silencio profundo. Y comprendimos. Estábamos en la Selva Innominada. No habíamos pensado ir allí, mas nuestras piernas habían guiado nuestra voluntad, y a pesar nuestro, nos habían conducido a la Selva Innominada.

La caja de cristal estaba a nuestro lado. Nos acercamos a ella, arrastrándonos, le caímos encima con el pecho, escondimos el rostro entre los brazos y nos quedamos quietos. No oíamos más ruido que nuestra fatigada respiración.

Estuvimos así largo rato. Una vez descansados, nos levantamos, cogimos la caja y echamos a andar por la selva. No importaba adonde íbamos. Sabíamos que los hombres no nos habrían seguido, porque ellos no entran nunca en la Selva Innominada. No teníamos nada que temer de ellos. La Selva dispone ella misma de sus víctimas. Esto no nos asustaba. Queríamos sólo ir lejos, lejos de la Ciudad y de la atmósfera de la Ciudad. Así, pues, seguimos adelante, con la caja en los brazos y corazón vacío.

Estamos vencidos. Los días que aún quedan por vivir tendremos que vivirlos solos. Y sabemos lo malo que es esto. Hemos oído hablar de la corrupción abismal que se halla en la soledad. Nos hemos separado de la verdad que está representada por nuestros hermanos, y no hay camino de vuelta ni de rendición.

Lo sabemos, pero no nos preocupamos de nada. No nos preocupamos de nada. Estamos cansados.

Sólo la caja que nos pesa en los brazos es como un corazón vivo que nos da fuerza. Nos hemos engañado a nosotros mismos. No la hemos construido párale bien de nuestros hermanos. La hemos construido para nosotros. Está para nosotros por encima de nuestros hermanos, y es una verdad superior a su verdad. ¿ Por qué pensar en ello? No nos quedan muchos días de vida. Vamos hacia nuestra condena, hacia las garras que nos esperan en algún lugar de estos, entre los grandes árboles silentes. No dejamos nada digno de añoranza.

Pero, improvisamente, experimentamos una sensación de pena, la primera y la única. Pensamos en la Áurea. Pensamos en la Áurea que ya no volveremos a ver. Luego la pena pasó. Es mejor así. Somos uno de los Condenados. Es mejor que la Áurea olvide nuestro nombre y el cuerpo que llevaba aquel nombre.

Capítulo VIII

Las vicisitudes de la vida son muy extrañas. Nosotros no las comprendemos y no comprendemos siquiera el significado que se oculta detrás de ellas.

Este primer día en la Selva ha sido un día de sorpresas. Nos despertamos cuando un rayo de luz cayó sobre nuestra cara. Sentimos el impulso de ponernos en pie de un salto, como lo habíamos hecho cada mañana de nuestra vida, pero nos acordamos, de improviso, de que no había sonado una campana, y de que no había ninguna campana en los alrededores. Seguimos tumbados, estiramos los brazos y miramos al cielo. Los bordes de las hojas tenían un color de plata fundida que temblaba, se encrespaba y relucía como un río verdoso y de fuego ondeante sobre nosotros. A través de las hojas veíamos el cielo limpio y azul.

No deseábamos movernos. Las manos estaban hundidas en el musgo. Pensamos, de pronto, que podríamos descansar así todo el tiempo que se nos antojara, y al pensarlo soltamos la carcajada. Podíamos también levantarnos, o correr o saltar a nuestro gusto, o estirarnos de nuevo boca abajo. Pensamos que todas estas ideas eran insensatas, pero, antes de darnos cuenta, nuestro cuerpo se había levantado de un brinco. Los brazos se estiraron por voluntad propia, y nuestro cuerpo empezó a dar vueltas y más vueltas hasta que levantó un aire que hizo mover las frondas de las matas. Luego nuestras manos se agarraron a una rama e hicieron que nuestro cuerpo se columpiase del árbol, sin objeto, sólo por el asombro de ver lo fuertes y ágiles que eran nuestros miembros. La rama se tronchó bajo nuestro peso y caímos sobre el musgo blando como una almohada. Entonces nuestro cuerpo, perdiendo el apoyo, rodó sobre el musgo mientras las hojas secas se enganchaban a nuestra túnica, a nuestros cabellos y a nuestro rostro. Y notamos, de repente, que estábamos riendo a carcajadas, como si no pudiésemos hacer otra cosa.

Nos incorporamos, nos quitamos las hojas del a cara, y nos dijimos que ya no conocíamos nuestro cuerpo ni podíamos comprenderlo. Volvimos a nuestra caja, la cogimos en los brazos y seguimos adelante en la selva. Anduvimos abriéndonos camino entre las ramas, nadando en un palpitante mar de hojas, mientras las matas subían y bajaban para volver a subir como olas a nuestro alrededor, lanzando sus verdes rociadas hasta las copas de los árboles. Estos se separaban ante nosotros, y nos invitaban a seguir adelante. Parecía que la selva nos acogiese sonriendo. La razón nos hablaba de distinta manera, pero nuestro cuerpo nos gritaba que no había peligros ni garras en acecho. Seguimos el camino sin preocupaciones, sin temores, escuchando sólo el canto salvaje de nuestro cuerpo.

Nos paramos cuando sentíamos hambre. Estudiamos con curiosidad esa sensación. Nunca habíamos conocido el hambre; el hambre, para nosotros, era únicamente una palabra. Vimos muchos pájaros sobre las ramas de los árboles y otros que volaban muy cerca de nosotros. Recogimos una piedra y lanzamos. Nuestra puntería es buena. El pájaro cayó a nuestros pies, se agitó un poco y por fin se quedó inmóvil. Encendimos un fuego, lo asamos y nos lo comimos y nunca manjar alguno nos pareció mejor. Y pensamos, improvisamente, que se hallaba gran satisfacción en el alimento cuya falta notamos y que nos hemos procurado con nuestras propias manos. Y deseamos tener pronto hambre otra vez para poder volver a sentir este nuevo y extraño orgullo al comer.

Luego reanudamos la marcha. Y llegamos a un río que se deslizaba como una cinta de cristal entre los árboles. Estaba tan quieto que no vimos el agua, sino sólo una hendidura en la tierra, en la que los árboles estaban boca abajo, y el cielo yacía al fondo. Nos arrodillamos cerca del río y nos inclinamos para beber. Y nos quedamos parados. Porque sobre el azul del cielo debajo de nosotros, vimos, por primera vez, nuestras facciones.

Nos quedamos inmóviles, sentados, y conteniendo la respiración para no borrar la imagen. Porque nuestro rostro y nuestro cuerpo eran hermosos. Nuestra cara no era como la de nuestros hermanos a los que nos daba vergüenza mirar. Nuestro cuerpo no era como el de nuestros hermanos porque nuestros miembros eran rectos, recios y fuertes. Pensamos que podíamos tener la confianza en el ser que nos miraba desde el río, y que nada teníamos que temer de él. Y echamos la cabeza hacia atrás con un orgullo insensato y absurdo.

Los hombres no han llevado nunca adornos de ninguna clase, porque está mal hermostear a uno entre todos los demás. Pero nosotros recogimos hojas y pequeñas ramas en la orilla del río, y trenzamos una guirnalda. No sabemos cómo se nos ocurrió esta idea, pero nos ceñimos a la cabeza con la guirnalda y nos miramos al agua. Y pensamos que el efecto era hermoso. Luego nos dijimos que éramos vanos y necios, tiramos la guirnalda, nos alejamos del río y reanudamos nuestro camino.

Y ahora que el sol se ha puesto y las sombras se condensan sobre los árboles, hemos hecho un alto en una cálida y pequeña cavidad entre las raíces, para dormir esta noche. Escribimos estos renglones sobre el último pedazo de papel que habíamos escondido bajo la túnica junto con las páginas escritas que habíamos llevado para el Consejo Mundial de los Estudiosos, pero que no hemos entregado. En los días venideros, recogeremos las largas y blancas tiras de corteza de árbol que hemos visto, y escribiremos en ellas con palitos carbonizados. Tenemos mucho que decir a nosotros mismos, y esperamos encontrar las palabras para decirlo durante los próximos días. Ahora no podemos hablar, porque no podemos comprender.

No podemos comprender nuestro corazón, ni tan siquiera el día que ha transcurrido. Sabemos que tendríamos que sentirnos malvados, culpables, avergonzados. Pero no es así. Porque nunca- y si hay alguien que pueda entender esto, que nos de respuesta-, nunca nos hemos sentido más sinceros, más orgullosos, más puros.

Capítulo IX

No hemos escrito durante muchos días. No deseábamos ni hablar ni pensar. Y ahora no importa que escribamos, porque lo estamos escribiendo para recordar, no podríamos olvidarlo nunca, aunque no lo expresáramos con palabras.

Al segundo día de estar en la selva oímos unos pasos detrás de nosotros. Nos paramos y nos quedamos inmóviles a la escucha. Oímos crujir las hojas, lejos, levemente, con regularidad, bajo un peso que no era de bestia ni de pájaro. Nos metimos de un salto entre las espesas matas, nos agazapamos y esperamos. Los pasos se acercaron. Y vimos la punta de una túnica blanca entre los árboles y un rayo de oro.

Entonces nos lanzamos fuera, corrimos, y vimos a la Áurea.

Ella nos vio, y sus manos se apretaron en puños y los puños le estiraron los brazos hacia abajo como si fueran cuerdas, cual si quisiesen que los brazos los sostuvieran mientras el cuerpo se tambaleaba.

No nos atrevimos a acercarnos. Preguntamos sin poder frenar el temblor de nuestra voz:

- ¿Cómo habéis llegado hasta aquí, Áurea?

Mas ella no oyó la pregunta, pues susurró solamente:

- ¡ Os hemos encontrado... os hemos encontrado... os hemos encontrado!

- ¿Cómo estáis aquí en la selva?- insistimos.

Entonces ella levantó la cabeza y su voz era humilde, aunque había un gran orgullo en sus ojos. Contestó:

- Os hemos seguido.

Y puesto que no podíamos hablar, añadió:

- Oímos decir que os habíais ido a la Selva Innominada porque toda la Ciudad habla de ello. Por eso, aquella misma noche huimos de la Casa de los Campesinos. Encontramos las huellas de vuestros pies a través del llano por el que nadie camina. Las seguimos, llegamos a la selva, y recorrimos los senderos donde las remas estaban rotas a vuestro paso.

Su blanca túnica estaba rota y sus desnudos arañados. Mas en su cuerpo no había ni cansancio ni temor.

- Os hemos seguido- dijo- y os seguiremos dondequiera que vayáis. Si algún peligro os amenaza, lo afrontaremos nosotras también. Si llega la muerte, moriremos con vos. Vos estáis maldito, y nosotras queremos compartir vuestra maldición. Preferimos condenarnos con vos que vernos bendecidas por todos nuestros hermanos de la tierra.

Y al hablar mantenía su cabeza inclinada.

- Hemos venido a vos- dijo- porque no tenemos más voluntad que la vuestra, ni más pensamiento que el vuestro, ni más aliento que el que vos nos dais. Hemos venido porque sois nuestro dueño y no podemos dejaros.

Luego levantó la cabeza, nos miró, y su voz resonó:

- Vos sois fuerte y hermoso. Vuestros ojos son llamas, pero nuestra tierra es oscura y fea. Vuestros labios manada, pero nuestros hermanos son débiles y humildes. Vuestro cuerpo es recto como una lanza y duro como el granito, pero nuestros hermanos son mezquinos y obedientes. Vuestra cabeza está erguida, pero nuestros hermanos van encorvados. Vos camináis, pero nuestros hermanos se arrastran. Nosotras

despreciamos a todos nuestros hermanos porque no son como vos. Vos sois único y solo. Hemos vivido treinta y tres días sin veros y hemos conocido la muerte de nuestro corazón. Por lo cual hemos venido a vos, porque sabíamos que teníamos que vivir. Haced de nosotras lo que os guste, dueño, mas no nos alejéis de vos.

Luego se arrodilló con la rubia cabeza inclinada ante nosotros, y sus manos yacían a nuestros pies, con las palmas hacia arriba, sin fuerzas e implorantes. No pensamos nunca en lo que hicimos en aquel momento. Nos inclinamos para levantar a la Áurea, pero cuando nuestras manos tocaron su cuerpo, fue como si nos invadiese una locura. Cogimos su cabeza entre los brazos y apretamos nuestros labios contra los suyos. La Áurea respiró una vez, y su respiración parecía un gemido, luego sus brazos se cerraron sobre nuestro cuerpo.

Quedamos así largo rato. Y nos aterrorizaba pensar que habíamos vivido veintiún años sin saber lo dichosa que puede ser la humanidad.

Luego dijimos:

- Dilecta, única nuestra, no tengáis miedo de la selva. No hay peligro para nosotros, no hay muerte. Os protegeremos y os defenderemos contra todo. No tenemos ni necesidad ni deseo de nuestros hermanos. Olvidemos lo que de bueno y de malo hay en ellos, olvidémoslo todo excepto el que estamos juntos y que la dicha es un lazo entre nosotros. Dadnos vuestra mano. Os guiaremos. Mirad hacia delante. Es nuestro mundo, Áurea, un mundo extraño, desconocido, pero nuestro.

Luego echamos a andar por la selva, llevándola de la mano.

Y aquella noche supimos que tener el cuerpo de la mujer entre nuestros brazos no es una cosa fea y vergonzosa, sino el éxtasis de los éxtasis concebidos a la raza humana.

Hemos caminado durante muchos días. La selva no tiene fin, y nosotros no buscamos ningún fin. Pero cada día añadido a la cadena de los días que nos separan de la Ciudad es como una nueva bendición. Tenemos un sólido arco y muchas flechas. Podemos matar más animales y pájaros de los que necesitamos para nuestro sustento, y a hallamos agua en la selva, y grutas y bayas y setas. Por la noche escogemos un claro en la espesura y encendemos a su alrededor un círculo de fuego. Dormimos en el centro de este círculo y las fieras no se atreven a atacarnos. Vemos sus pequeños ojos relucientes, verdes y amarillos, resplandecientes como carbones encendidos entre las ramas de los árboles y de las mantas que nos rodean. El fuego arde como una corona de alhajas en derredor nuestro, y el humo está quieto en el aire en columnas de un gris vaporoso que se tornan azules y levemente ondeantes cuando la luz de la luna cae sobre ellas. Dormimos juntos en el centro del círculo; los brazos de la Áurea rodean nuestro cuerpo, su cabeza descansa sobre nuestro pecho.

No sabemos dónde vamos. Un día nos pararemos y construiremos una casa para vivir en ella, pero esto cuando hayamos ido bastante lejos. Mas no es preciso darnos prisa. Los días que tenemos por delante no tienen fin como la selva, y nosotros no queremos turbar ese milagro que es nuestra vida y la dicha de nuestra vida.

Nada está claro para nosotros, sin embargo todo nos parece muy claro y sencillo. Cuando vienen a turbarnos pensamientos extraños, apretamos el paso y nos volvemos a mirar a la Áurea que nos sigue. De este modo lo olvidamos todo.

La sombra de las hojas cae sobre sus brazos mientras aparta las ramas, pero sus hombros están iluminados por el sol. La piel de sus brazos es como una niebla de un azul suave, pero sus hombros son de mármol luminoso, blancos y transparentes como si la luz en lugar de descender de arriba, surgiese del interior de la epidermis. Nos fijamos en una hojita caída sobre sus hombros. Descansa en el hueco del cuello y en ella centellea una gota de rocío. Ella se acerca, luego se detiene y sus ojos nos adoran en silencio y esperan obedientes, sin pedir nada, hasta que nos place volvernos hacia ella y proseguir el camino.

Seguimos adelante y bendecimos la tierra bajo nuestros pies. Pero las preguntas nos atormentan nuevamente, mientras avanzamos en silencio. ¿ Si lo que hemos hallado es la corrupción de la soledad, qué otra cosa pueden desear los hombres que no sea la corrupción? ¿ Si este es el gran pecado de estar solos, qué es el bien y qué es el mal, entonces?

Sin embargo, toda la verdad procede de todos los hombres. Todo lo que procede de todos es bueno, todo cuanto procede de uno solo es malo. Esto es lo que nos han enseñado desde que vivimos. Hemos infringido la ley, pero no hemos dudado nunca de ello. No obstante, ahora, mientras caminamos en la selva, surge una gran duda en nuestro corazón.

No hay vida para los hombres, excepto en el trabajo útil para el bien de todos sus hermanos. Pero nosotros no vivíamos cuando trabajábamos para nuestros hermanos, sólo estábamos cansados. No hay dicha para los hombres, excepto la compartida con sus hermanos. Pero las dos únicas cosas que avivan nuestra alma son el poder que hemos creado en nuestra caja y la Áurea. Y ambas dichas nos pertenecen a nosotros solos y no atañen para nada a nuestros hermanos. He aquí lo que nos asombra.

Hay un error inmenso y sin nombre, que gravita como una nube sobre la tierra. ¿Cuál es este error? ¿Quién lo ha impuesto a los hombres? No lo sabemos, mas la sensación de tener que conocerlo lucha dentro de nosotros, luchar para lograrlo.

Hoy la Áurea se paró repentinamente delante de nosotros, nos miró y dijo:

- Os amamos.

Pero en seguida frunció las cejas, meneó la cabeza y nos miró afligida.

- No- susurró-, no es esto lo que queríamos decirnos.

Luego se señaló a sí misma y dijo:

- Esta sola, sola y solamente...- y apuntándonos a nosotros terminó la frase- ama a este solo, solo y solamente.

Nos miramos a los ojos y comprendimos que el soplo de un milagro nos había rozado, y había volado lejos, dejándonos ir a tientas inútilmente.

Y nuestra alma se sentía atormentada, atormentada por una palabra que no conseguíamos descubrir.

Capítulo X

Estamos sentados a una mesa y escribimos estos renglones sobre un papel viejo, de hace miles de años. La luz es débil y no podemos ver a la Áurea, distinguimos sólo el cálido y blanco brillo de la curva de su codo y un rizo de oro sobre la almohada de una cama antigua. Esta es nuestra casa.

Llegamos a ella hoy, al amanecer. Durante muchos días, ya hemos perdido la cuenta, cruzamos una cadena de montañas. La selva subía entre los peñascos y, después de haber atravesado una explanada desnuda y pedregosa, vimos ante nosotros unas enormes cumbres que se extendían hacia el norte, hacia el sur y hasta donde alcanzaba la vista. Las cumbres se erguían rojo-grises y pardas con verdes fajas de selvas que parecían venas y con vapores azulados que semejaban coronas ciñendo sus cabezas. No habíamos oído hablar nunca de estas montañas ni las habíamos visto señaladas en los mapas. La Selva Innominada las había protegido del a Ciudad y de los hombres de la Ciudad.

Seguimos adelante, trepando, por senderos en los que las mismas cabras no se hubieran atrevido a poner pie. Nos encontramos colgados sobre un abismo sin fondo. Las piedras rodaban bajo nuestros pies y las oímos rebotar contra las rocas de abajo una y otra vez, y siempre más abajo, y las montañas resonaban como bóvedas a cada golpe y aun mucho rato después de haber cesado el ruido. Pero nosotros seguíamos adelante porque sabíamos que ningún hombre habría podido seguir nuestro rastro o alcanzarnos allí. Nuestras túnicas y nuestras sandalias hacía tiempo que estaban destrozadas. Llevábamos encima las pieles de los animales que habíamos matado, llevábamos el arco y las flechas sobre los hombros y la caja de cristal con el poder del cielo en los brazos.

Y esta mañana, al alba, vimos algo blanquecino entre los árboles, arriba, sobre una empinada cuesta ante nosotros. Supusimos que se trababa de un fuego, y nos detuvimos. Pero era blanco e inmóvil y brillaba a ratos cómo plata líquida. Así, pues, seguimos trepando por las rocas. Y allí, ante nosotros, sobre una cumbre espaciosa, con las montañas que se levantaban detrás de ella, había una casa como, no habíamos visto otra igual, y aquel resplandor blancuzco era producido por el sol que daba sobre el cristal de una ventana. La casa tenía dos pisos y un extraño techo, liso como un pavimento. Y había más ventanas que muros en las paredes, y las ventanas eran rectas en los ángulos aun cuando no alcanzábamos a comprender cómo podía sostenerse la casa de esa manera. Y los marcos de las ventanas no eran de madera, sino de un metal azulado que parecía hierro, pero que tampoco lo era. Y los muros eran duros y lisos, de esa piedra que no parecía piedra y que habíamos visto en nuestro subterráneo.

Ambos comprendidos sin decírnoslo: esta casa había quedado desde los Tiempos Innominables. Los árboles la habían protegido contra el tiempo y las estaciones, y contra los hombres que son menos piadosos que el tiempo y las estaciones. Nos quedamos contemplándola, estupefactos y silenciosos.

Luego miramos a la Áurea y preguntamos:

- ¿ Tenéis miedo?

Ella movió negativamente la cabeza, por lo cual nos acercamos a la puerta, la abrimos y entramos en la casa de los Tiempos Innominables.

Serán precisos todos los días y los años que aun nos quedan por vivir para ver, aprender y comprender las cosas que hay en esta casa. Hoy, sólo podemos mirar y procurar creer en nuestros ojos. Apartamos las pesadas cortinas e las ventanas y vimos que las habitaciones eran pequeñas; al parecer no habrían

podido estar allí más de una docena de hombres. Y esto era muy raro. Y jamás habíamos visto habitaciones tan llenas de luz. Eran como unas copas que recogían los rayos del sol y jugaban con ellos y los reflejaban, danzando, entre colores y más colores, un número de colores infinitamente mayor de lo que hubiéramos podido imaginar nosotros que sólo habíamos visto casas blancas, pardas o grises. Y, cosa increíble, no había dos habitaciones iguales. Y había grandes pedazos de cristal sobre las paredes, pero no era cristal porque en su superficie reluciente veíamos nuestros cuerpos las cosas que estaban detrás de nosotros. Había sillas sepultadas debajo de almohadones, vasos dorados y copas de cristal. Había objetos extraños que no habíamos visto nunca y cuyo empleo ignorábamos. Y había bolas de cristal en todas las habitaciones, bolas de cristal selladas con telarañas de alambre dentro, como las que habíamos visto en nuestro subterráneo.

Dimos con el dormitorio y nos quedamos en el umbral. Porque era un cuartito pequeño que contenía dos camas. No encontramos más camas en la casa, y comprendimos que allí habían vivido dos personas solamente. Esto nos parecía incomprendible. Encontramos ropa, mucha ropa, y la Áurea contuvo la respiración al mirarla. Porque no eran túnicas blancas o togas blancas, eran prendas de seda, de terciopelo o de una tela tan vaporosa como el aire, eran rojas y azules y doradas, y de tantos colores que no sabemos describirlo. Y no había dos vestidos iguales. Algunos se convirtieron en polvo en cuanto los tocamos, pero otros eran de paño más recio y los notamos suaves, brillantes y nuevos entre nuestros dedos.

Encontramos también una habitación con las paredes cubiertas de estanterías, y en éstas había hileras y más hileras de manuscritos, desde el suelo hasta el techo. Nunca habíamos visto tantos juntos y tampoco de una forma tan extraña. No estaban blandos ni arrollado, sino cubiertos de piel y tela, y las letras de las páginas eran tan menudas y estaban tan juntas que nos asombramos de que los hombres pudiesen tener semejante escritura. Hojeamos algunas páginas y vimos que estaban escritas en nuestro idioma, pero tropezamos con muchas palabras incomprendibles. Mañana empezaremos a leer estos libros. Los leeremos todos. No sabemos que secretos pueden revelarnos.

Después de haber visto todas las habitaciones de la casa, miramos a la Áurea, ella nos miró también y adivinamos nuestros pensamientos.

- Nunca- dijimos.
- Nunca- murmuró la Áurea.
- Nunca dejaremos este lugar- dijimos- ni dejaremos que nos lo quiten. Esta es nuestra casa y nuestro final del viaje. Esta es vuestra casa, Áurea, y la nuestra y no pertenece a nadie más por grande que sea la tierra. Nosotros no lo partiremos con otros, como no partimos con otros nuestra dicha, nuestro amor, nuestra hambre. Y así será hasta el final de nuestros días.
- Se cumplirá vuestra voluntad, señor- dijo la Áurea.

Salimos juntos a recoger leña para el gran hogar de nuestra casa. Sacamos agua de un río que discurría entre los árboles bajo nuestras ventanas. Matamos una cabra montesa y guisamos la carne en una extraña vasija de cobre que encontramos en un lugar de maravillas que debió de ser la cocina de la casa.

Hicimos todo esto solos, porque ninguna palabra nuestra pudo arrancar a la Áurea del gran cristal que no era cristal. Estaba situada ante él y miraba, miraba su propio cuerpo. Había encontrado, en la habitación de dormir, un pequeño cofre lleno de joyas como jamás tocaron los hombres, excepto en los grandes mosaicos del Palacio del Consejo Mundial. La Áurea se puso una larga hilera de rubíes sobre los hombros, y aros de oro en los brazos y racimos de brillantes en las orejas. Esas cosas debieron de estar hechas para este uso; nosotros no lo hubiéramos comprendido nunca, pero la Áurea lo comprendió. Y permanecía ante el cristal mágico y se miraba, y el sol mandaba fuegos que danzaban sobre las joyas mientras centelleos de todos los colores brillaban sobre el abrigo de pieles que envolvía el cuerpo de la Áurea.

No podemos relatar todas las maravillas de esta jornada. Y cuando el sol se ocultó detrás de las montañas, estábamos cansados, pero de un cansancio delicioso. La Áurea cayó al suelo dormida entre todas las prendas diseminadas, entre las joyas, las botellas de cristal y las flores de seda. Levantamos a la Áurea entre los brazos y la llevamos a la cama; su cabeza caía dulcemente sobre nuestro hombro, dormida. Luego encendimos una vela que hallamos en la cocina, cogimos papel en la habitación de los manuscritos, y nos sentamos junto a la ventana porque sabíamos que no nos sería posible dormir esta noche.

Detrás de las ventanas, la luna deja caer la plata sobre las hojas y sobre los picos de las montañas lejanas. La tierra está quieta, azul y blanca y parece estar en espera, en espera de una orden que ha de salir de nosotros. Este mundo es nuevo, y nosotros tenemos que regirlo. No sabemos qué palabra hemos de pronunciar, ni qué gran gesto espera esta tierra de nosotros. Mas espera. Sabemos que nos tiene grandes dones con que regalarnos, pero que, antes, quiere de nosotros un don mayor aun. Hemos de producir el milagro que debe despertar la vida y dar un corazón, un fin y una más alta significación a toda esta silenciosa belleza que duerme el otro lado de las paredes, bajo un cielo sin nubes.

Este instante es una advertencia y un presagio, este instante es un sacramento que nos llama y dedica nuestro cuerpo al servicio de un deber desconocido pero que deberíamos conocer. Las viejas leyes han muerto. Las viejas tablas están rotas. Una clara y pulida pizarra se extiende ahora ante nuestras manos. Nuestros dedos deben escribir.

Nuestro corazón está parado y humilde en esta hora. Inclizamos la cabeza, rogamos a nuestro espíritu para que nos guíe en la respuesta a esta invocación que ninguna voz ha expresado, pero que no obstante hemos oído. Miramos nuestras manos. Vemos el polvo de siglos, el polvo que oculta los grandes secretos y quizá de las grandes culpas. Sin embargo, no suscita miedo en nuestro corazón, sino sólo piedad y silenciosa reverencia.

¡ Qué nos sea revelado el conocimiento! ¿Cuál es el secreto que nuestro corazón parece haber aferrado, pero que no quiere revelarnos aunque parezca intentar decírnoslo con sus latidos?

Capítulo XI

Yo... yo... yo... yo... yo...

Yo soy. Yo pienso. Yo quiero.

Mis manos. Mi cuerpo. Mis pensamientos. Mi corazón. Mi cielo. Mi selva.
Esta tierra es mía.

Mía... mía...

Yo soy. Yo pienso. Yo quiero.

¿ Qué he de decir, después de estas palabras? ¿ Las otras son inútiles y sin significado? Este es el Fin y la Respuesta. Este es el sacramento y la santidad de todas las santidades. Este el sello que el hombre ha impreso a través de los cielos del universo.

Yo soy. Yo pienso. Yo quiero.

Estoy aquí, en la cumbre de la montaña. Levanto la cabeza y alargo los brazos. Este mi cuerpo y este mi espíritu en mi cuerpo, son el fin de todas las interrogantes, y el objeto y la gloria. ¡ Eso es! Yo soy la meta y la razón de todas las cosas. Pero no me hacen falta razones para vivir y ni siquiera palabras que sancionen mi vida. Yo soy la razón y la sanción. Yo, mi cuerpo y mi espíritu.

Son mis ojos los que ven, y la mirada de mis ojos confiere belleza a la tierra. Todas las cosas llegan a mi juicio y yo peso todas las cosas y les doy validez con mis " Sí" o con mi " No". Así nació la Verdad, y sus ramas y sus hojas, esta es la fuente y el océano de toda la Verdad, esta es la base y el vértice de toda la Verdad. Yo soy el juez. Yo soy el que mide y pesa. Yo soy el principio de toda la verdad. Yo soy su fin.

Mi vida es oscura, pero la estrella que me guía está dentro de mí. La estrella que me guía es la brújula con la barrita imantada que me indica el camino. Lo indica para toda la eternidad, pero en una sola dirección. Me lo indica a mí.

Yo pienso. Mi pensamiento es el camino, la ruta y el viajero. Mi pensamiento es mi templo y mi fortaleza. Mi pensamiento es mi dios y el sacerdote y el guerrero. Mi pensamiento es mi altar y la espada en mi mano. No lucho más que con mi mano y mi espada.

Donde yo voy va, antes que yo, mi voluntad. Mi voluntad que elige y ordena y crea. Mi voluntad, la dueña que no conoce dueños. Mi voluntad, la liberadora y conquistadora. Mi volunta que es una llama sutil, firme y santa, en el relicario de mi cuerpo que es el relicario de mi cuerpo que es el relicario de mi voluntad. Muchas palabras me han sido concedidas, y algunas son sabias y otras falsas, pero sólo tres son sagradas: ¡ Yo lo quiero!

No sé si esta tierra en la que vivo es el corazón y fin del universo. Quizá no es más que un granito de arena perdido en la eternidad. No lo sé ni me preocupa porque conozco la dicha de mi cuerpo sobre esta tierra. Y ha no necesita razones, ni preguntas, ni más altos fines por reivindicar. Mi dicha no es el medio par un fin cualquiera, es el fin mismo. Es la razón de las razones. Esta tierra es mía. Esta tierra existe sólo como campo de mis deseos y para la elección de mi voluntad. Estoy en esta tierra sólo por la alegría que experimento en ello. ¿ Qué ciega vanidad, qué locura puede imponerme vivir para el dolor? Mas no hay dicha que no haya nacido para mí, de la más profunda y secreta entraña de mi espíritu. Mi dicha no se puede imponer. Yo soy mi éxtasis. Yo soy mi canto y el arpa con que se acompaña mi canto.

Yo soy un hombre.

Yo soy un hombre. He de velar por este milagro de mi ser, he de guardarlo, he de poseerlo, he de guiarlo y o mismo y yo mismo he de arrodillarme ante él.

¡ De este modo invoco mi voluntad! Y de este modo yo defiendo mi voluntad antes que mi vida. No permito a ningún hombre desear mi voluntad y la independencia de ella. ¡ Pobres de los que lo han intentado!

No cedo mis tesoros ni los comparto. La riqueza de mi alma no debe ser recogida en pedazos de cobre y esparcida al viento como limosna para los pobres de espíritu. Yo guardo mis tesoros: mis pensamientos, mi voluntad y mi libertad. Y el más grande es mi libertad.

No debo nada a mis hermanos, ni les reconozco ningún derecho sobre mí. No deseo que ningún hombre se me parezca, ni deseo parecerme a nadie. No le pido a nadie que viva para mí, ni yo vivo para nadie. No deseo el alma de ningún hombre, no quiero que nadie desee la mía.

No soy ni amigo ni enemigo de mis hermanos, soy tan sólo como cada uno de ellos puede merecerme. Y para lograr mi amor a mis hermanos han de hacer algo más que haber nacido. Yo atesoro mi amor, y no lo concedo sin razón, ni al primero que pasa y me lo pide. Honro a los hombres concediéndoles mi amor. Mas el honor es algo que ha de aprenderse.

Podré escoger compañeros entre mis hermanos, pero no dueños ni esclavos. Y escogeré solamente los que me gusten, y les honraré, les amaré y respetaré, pero no les obedeceré sus órdenes. Uniremos nuestras manos cuando lo deseemos e iremos solos cuando nos parezca preferible. Porque en la intimidad de su corazón y en el santuario de su espíritu el hombre está solo. Y cada hombre debe su santuario intacto e inmaculado. Y entonces, que una sus manos a las de los otros si así lo desea: no hay vergüenza ni pecado en tal unión, siempre y cuando se verifique fuera de la puerta sagrada.

Porque grandes son los males de esta tierra, pero ninguno tan grande como los que proceden de los hombres. Y la más grande de todas estas mentiras se esconde en una palabra, y esta palabra es " Nosotros". Porque ésta oculta a un monstruo. Esta palabra puede escapársela a su dueño, y cuando domina al hombre trae sobre la tierra todos los dolores humanos y la más abyecta vergüenza. Porque esta palabra es como un sudario que cubre un cadáver. Es como la cal que se acumula y endurece como piedra y lo aplasta todo a su peso, y todo lo que es blanco y todo lo que es negro se pierde por igual en su gris plomizo. Es la palabra con la cual el malo roba la virtud del bueno, el débil la potencia del fuerte, los necios los conocimientos de los sabios.

Entonces la oscuridad cae sobre la tierra y con ella la deshonra y una gran mentira. Porque un hombre puede ser malvado, pero a diez millones de hombres como él, reunidos, se les llama buenos. Porque un hombre puede ser necio, pero a diez millones como él, reunidos, se les llama sabios. Por un hombre puede ser un esclavo, pero diez millones de esclavos forman un santo. Entonces todo se vuelve nebuloso y oscuro, y la razón se le ponen tropezos para que no puede molestar a la irracionalidad, y toda la verdad desaparece de la tierra.

¿ Qué sería de mi dicha, si todas las manos, incluso las más inmundas, pudiesen aferrarla? ¿ Qué sería de mi sabiduría, si hasta los tontos pudiesen influir sobre mí? ¿ Qué sería mi libertad si todas las criaturas, aun las más viles e impotentes, fuesen mis dueños? ¿ Qué sería mi vida, si tuviese que inclinarme, aprobar y obedecer?

Mas yo he acabado con este reinado de locura, porque mis ojos se han abierto.

He roto las tablas de mis hermanos, y ahora escribo las mías para mi propio espíritu.

He destruido el monstruo que gravitaba como una negra nube sobre la tierra y ocultaba el sol a los hombres. El monstruo que estaba sentado en un trono,, con cadenas en las manos, los pies sobre el pecho de un hombre, y se alimentaba con la sangre del libre espíritu humano. El monstruo de la palabra " Nosotros".

Y ahora contemplo el sagrado rostro de un dios y a este dios lo levanto sobre la tierra, más arriba que el cielo, más resplandeciente que el sol, este dios que los hombres han deseado desde que existen, este dios que les dará la dicha, la paz y el orgullo.

Este dios, esta sola palabra: "Yo"

Capítulo XII

Encontré la palabra " Yo" al leer el primero de los libros hallados en mi casa. Y cuando entendí esta palabra, el libro se me cayó de las manos, y yo también caí al suelo y lloré, yo que nunca conocí las lágrimas. Y lloré por mi liberación y de compasión hacia todos los hombres.

Fue como si hubiese amanecido en la noche de mi alma, y hubiese salido el sol. Y todo se me hizo claro. Comprendí lo que era la cosa más bendita que llegué a llamar mi maldición. Comprendí por qué lo mejor de mí habían sido mis pecados y mi transgresión; y por qué no llegué nunca a sentirme culpable. Porque hay una verdad en mi cuerpo y ni siglos de cadenas ni de látigos pueden acabar con esta verdad en el cuerpo del hombre.

Leí muchos libros y durante muchos días, luego llamé a la Áurea y le dije lo que había leído y aprendido. Me miró y sus primeras palabras fueron:

- Yo te amo.

Entonces dije:

- Mi dilecta, mi única, no es bueno para los hombres no tener un nombre. Hubo tiempos en los que cada uno tenía su nombre que le distinguía de los demás. Escojamos, pues, nuestros nombres. He leído de un hombre que vivió hace muchos miles de años, y de todos los hombres de este libro, es el suyo el que quiero llevar. Él cogió la luz de los dioses y la llevó a los hombres, y así los hombres se volvieron dioses. Y sufrió por tal hazaña como deben sufrir todos los portadores de luz. Su nombre era Prometeo.
- Este será tu nombre, dueño mío- dijo la Áurea.
- Y he leído de una diosa- dije- que era la madre de la tierra y de todos los dioses. Su nombre era Gea. Ese éste tu nombre, Áurea mía, porque nosotros hemos de construir un nuevo mundo y tú has de ser la madre de una nueva casta de dioses.
- Este será mi nombre- dijo la Áurea.

Ahora miro ante mí. Veo claro mi porvenir. El Santo de la hoguera vio el futuro cuando me escogió por heredero suyo, por heredero de todos los santos y todos los mártires que le precedieron y que perecieron por la misma causa, por la misma palabra, cualquiera que fuese el nombre dado a su causa y a su verdad. No volveré a la Ciudad de los esclavos. Viviré aquí en mi casa. Trabajaré la tierra de mis montañas y sembraré, cultivaré los frutos de los árboles y las vides, y haré que den sus productos para mi mesa. Cogeré el alimento de la tierra con mis manos. Y el trabajo de mis manos creará mi floreciente dominio en la soledad salvaje.

Aprenderé muchos secretos de mis libros, y descubriré los demás. Y, lentamente, a través de los años, reconstruiré las maravillas del pasado y abriré el camino para llevar más lejos estas maravillas que ahora resultan claras para mí, pero que siempre permanecieron ocultas para mis hermanos, porque sus mentes están trabadas por las cadenas mantenidas por los más débiles y por los más ignorantes que ellos. Sé que mi poder del cielo era conocido por los hombres hace mucho tiempo y que ellos lo llamaban Electricidad. Y que era el medio para producir sus más grandes milagros. Y él, iluminaba esta mi casa con la luz que difundían aquellas bolas de cristal en las paredes. He encontrado la máquina que producía la luz, descubriré su secreto. Aprenderé el modo de arreglarla y hacer que trabaje de nuevo. Aprenderé a dirigir esta fuerza y los hilos metálicos que la

conducen. Y entonces construiré una barrera de hilos alrededor de mi casa y a través de los senderos que conducen a ella. Una barrera sutil como una telaraña y más impenetrable que un muro de granito.

Luego, aquí, en la cumbre de la montaña, con el mundo debajo de mí y nada por encima excepto del sol, viviré mi verdad. Y esta vida mía será como un desafío, como un reproche a las mentiras de mis hermanos. Gea lleva en su seno a mi hijo. Él será criado como un hombre. Se le enseñará a decir "Yo" y a ser orgulloso. Se le enseñará a ir derecho y con sus propios pies, se le enseñará el respeto hacia su propio espíritu.

Cuando haya leído todos los libros y haya aprendido mi nuevo camino, cuando mi casa esté preparada, y mi tierra cultivada, iré secretamente, y por última vez, a la Ciudad maldita donde he nacido. Llamaré a mi amigo que no tiene más nombre que Internacional 4-8818, y a todos los que se le parecen, a Fraternidad 2-5503 que llora sin motivo, a Solidaridad 9-6347 que pide auxilio en la noche, y a pocos más. Llamaré junto a mí a todos los hombres y mujeres cuyo espíritu no haya sido ahogado en ellos y que sufren bajo el yugo de sus hermanos. Ellos me seguirán y yo los conduciré a mi fortaleza. Y aquí, en esta soledad desconocida, yo y mis escogidos amigos, mis compañeros en la tarea de construcción, escribiremos el primer capítulo de la nueva historia del hombre.

Esto es cuanto tengo delante. Y mientras estoy aquí en el umbral de la gloria, miro por última vez hacia atrás. Miro la historia de los hombres que he aprendido en los libros y me quedo asombrado. Es una larga historia y el que la dictaba era el espíritu de la libertad humana. Pero ¿qué es la libertad? ¿Libertad para qué? No hay nada que pueda arrebatarse la libertad a un hombre que no sean otros hombres. De modo que, para ser libre, un hombre debe liberarse de sus hermanos. Esta es la Libertad. Ésta y sólo ésta. En un principio el hombre fue esclavizado por los dioses y por los servidores de los dioses. Mas él rompió las cadenas. Entonces fue esclavizado por los reyes y por los muchedumbres que se inclinaban ante los reyes. Mas él rompió aquellas cadenas. Fue esclavizado por su nacimiento, por su gente. Mas él rompió aquellas cadenas. Él declaró a todos sus hermanos que el hombre tiene sus derechos que sólo Dios puede quitarle, porque el suyo es el derecho del hombre y no hay derecho en esta tierra por encima de este derecho. Él se quedó en el umbral de la libertad por la que tanta sangre se derramara en los siglos que le habían precedido.

Luego llegó el ocaso.

¿Qué fue lo que lo trajo? ¿Qué desastre se abatió sobre la tierra y quitó el raciocinio a los hombres? ¿Qué látigo les hizo arrodillarse vergonzosa y sumisamente? No lo sé. Los libros no hablan de ello. Estos libros son muy antiguos. Cuando sobrevino el ocaso, los hombres no escribieron más y dejaron de leer. De suerte que la historia de la caída del hombre quedó en la oscuridad para siempre, oscura como los corazones de los que la determinaron.

Y, entonces, la estructura de los siglos cayó hecha polvo a los pies de los hombres, aquella estructura cuyas semillas nacieron cada una del pensamiento de un hombre distinto, cada cual en su tiempo, a través de los siglos, de la profundidad de un espíritu que existía sólo para sí mismo. Los hombres que sobrevivieron- los que desearon vivir el uno para el otro, desde el momento que no tenían otra cosa que reivindicar-, aquellos hombres no pudieron ni continuar ni conservar lo que había recibido. Así, pues, todo el pensamiento, toda la

ciencia, toda la sabiduría perecieron sobre la tierra. De este modo los hombres, aquellos hombres que no tenían nada que ofrecer excepto su gran número, perdieron las torres de acero, y los barcos volantes y los potentes hilos que no habían creado y que no podían conservar. Acaso, más tarde, nacieran hombres cuyo talento y valor hubieran podido encontrar de nuevo las cosas perdidas, acaso estos hombres se presentaron ante el Consejo de los Estudiosos. Se les contestó como se me contestó a mí, y por las mismas razones.

Pero me asombra. Me asombra que en aquellos tristes días de transición, hace tanto tiempo, cuando la luz vacilaba y la tierra se agrietaba y los hombres veían abrirse lentamente el abismo, no se dieran cuenta de adonde iban,, y prosiguiesen, débiles y ciegos, hacia su destino. Me choca, porque es difícil para mí concebir que una raza de hombres que conocía la libertad del espíritu, en cuyo lenguaje la palabra " Yo" sonaba como un clarín, es difícil para mí concebir que semejante raza no supiese valorar este don bendito, y renunciase a él, y no se diera cuenta de lo que había perdido. Pero ésta ha sido la historia, porque yo he vivido en la Ciudad de los Condenados, y sé del horror por el cual se han dejado dominar por los hombres.

Tal vez en aquellos tristes días, cuando la esperanza se desvanecía sobre la tierra, hubiera unos cuantos hombres, pocos, de claro entendimiento y de alma clara, sabían y comprendían: ¡ qué agonía debió de ser la de ellos ante lo que veían que se les venía encima y sin poderlo evitar! Quizás sus almas gritaron en señal de protesta y de alarma. Pero los hombres no los escucharon. Y aquellos pocos libraron una batalla sin esperanza, y perecieron con sus banderas empapadas en su propia sangre. Y prefirieron morir, porque sabían. A ellos envió mi saludo y mi piedad a través de los siglos.

La suya es la bandera que yo tremolo en mi mano. Y quisiera poder decirles que la desesperación de sus corazones no debió ser completa, ni su noche sin esperanza. Porque la batalla que perdieron no puede perderse jamás. Aquello por cuya salvación murieron no puede perecer. A través de toda la oscuridad, a través de toda la vergüenza de que son capaces los hombres, aunque sea durante siglos y siglos, el espíritu del hombre permanecerá vivo sobre la tierra. Puede dormir, pero se despertará. Puede estar atado con cadena, pero se liberará. Y el hombre seguirá adelante. El hombre, no los hombres

Aquí, sobre mi montaña, yo y mis hijos y mis amigos escogidos, construiremos nuestro país y nuestro baluarte. Y éste se transformará en corazón de la tierra, perdido y oculto en los primeros momentos, pero que late, late, late más fuerte cada día. Y la noticia llegará a todos los rincones de la tierra. Y los caminos del mundo serán como venas que llevarán la sangre mejor a mi puerta. Y todos mis hermanos, y los Consejos de mis hermanos oirán hablar de ello, pero nada podrán contra mí.

Y llegará el día, aunque tal vez yo no estaré para verlo, en que mi raza conquistará la tierra y arrasará las ciudades de los esclavos, y mi casa será la capital de un mundo nuevo y libre.

Yo, y mis hijos y mis amigos lucharemos para que llegue ese día. Por la libertad del Hombre. Por su derecho. Por su honor. Por su gloria.

No conoceremos ni miedo ni titubeos. La nuestra será la guerra Santa, la Santa, la bendita y la última. Podremos perecer, mas nuestra verdad seguirá adelante. Podremos caer, mas nuestra antorcha es demasiado resplandeciente

para apagarse de nuevo. ¿ Qué importa si perecemos? Los primeros perecieron siempre. Peor yo no pienso en el peligro. Miro hacia delante, a través de los años, al sol de mi victoria. Y río. Y canto por mi triunfo.

Y aquí, en el portal de mi fortaleza, grabaré en piedra la palabra que ha de ser nuestra antorcha y nuestra bandera. La palabra que nos hablará de nuestra bendición y de nuestro valor. La palabra que no morirá, aunque pereciéramos todos en la lucha. La palabra que no puede morir sobre esta tierra, porque es su corazón, su espíritu y su gloria.

La palabra sagrada:

“ Yo”